

ANDANZAS DE UN NATURALISTA

MIS PRIMEROS PASOS

Quiero a la naturaleza y la afirmación no es declamatoria. Mal comenzaría esta serie de relatos engañándome y engañando. La amo y estoy alistado como voluntario desde muy niño, para defenderla.

¿Cuál es mi puesto de lucha? Me definí por el estudio de todo su generoso despliegue y por la divulgación de gran parte de sus maravillas. No se aprende solamente leyendo libros ajenos, por calificados que ellos sean. La propia experiencia es fuente indispensable del saber.

Por eso recorrí palmo a palmo mi país. Casi todas las excursiones realizadas fueron sensacionales, pero la mayoría me obligaron a solucionar con sacrificios muchas dificultades, como iré contando en sucesivas narraciones.

Siempre fui acompañado de una útil y –también diría– maravillosa carga: lápiz y cuaderno de apuntes; filmadora, máquina fotográfica y muchos metros de películas. Tenía que documentar muchas cosas, para mí y para los demás. Los kilómetros recorridos escapaban al recuerdo y voluntariamente olvidé los grandes costos. El reiterado balance daba siempre el mismo resultado: plena satisfacción e inquebrantable decisión de seguir en la brecha de conocer más y mejor, trazándome el propósito de utilizar todos los medios posibles para definir lo que quedó en mi mente, en el grabador y en las películas fotográficas.

Me pregunté siempre, y me han preguntado, el porqué de este hermoso camino que vengo recorriendo por años, abrazado a la naturaleza. Pienso que es difícil determinar un incentivo excluyente; más bien creo que es un conjunto de razones las que orientan a las personas hacia determinadas actividades.

¿Vocación?

¿Influencia de mis mayores o amigos?

¿Espíritu de aventura?

¿Inquietud por cultivarme?

¿Deseo de sentirme útil a la sociedad?

Quizás un poco o mucho de cada cosa, pero lo cierto es que desde mi pubertad me sentí, primero atraído y luego atrapado por la Naturaleza.

Quiero contar mi primera aventura.

Data de muchos años. Mi padre, amante de flora y fauna –después compañero inseparable y aliento constante para continuar la lucha– despertó y alimentó mi imaginación, al hablarme de un campo que describía como verdadero paraíso, por la cantidad y variedad de animales que habitaban. Pertenecía a un amigo de su juventud, el establecimiento se llama “Los Molles” y está ubicado a unos 20 kilómetros al norte de Aguará Grande (zorro en Guaraní) en el departamento San Cristóbal, Santa Fe.

Me habló de pumas, peludos, nutrias, yacarés, mulitas, guazunchos, vizcachas, iguanas, zorros y aves de todas las especies, formas, cantos y colores. Me pintó el lugar como el hábitat ideal para todos, con frondosos montes, grande lagunas y hermosos esteros.

Más de una vez, ante estas descripciones, imaginé ambientes similares a los paisajes africanos o amazónicos de mis lecturas infantiles, aquellos que habían encendido mi deseo de vivir fantásticas aventuras.

El viaje programado se fue postergando, lo que aumentó considerablemente mi impaciencia. Hasta San Justo había asfalto, pero después todo era tierra. Resultaba entonces problemático trasladarnos de un lado a otro con nuestro antiguo Ford “A”.

Había que adoptar muchas previsiones. Cada viaje era entonces una verdadera odisea, aunque terminara en apetecible alimento para nuestro entusiasmo, espíritu y alegría.

Llegó el momento de partir. Lo hicimos con Papá y mi hermano Héctor. A poco de andar, con más ingenio que conocimientos, superamos los primeros problemas en el motor de nuestro viejo y querido compañero.

Más adelante, ya salidos del asfalto, debimos avanzar entre charcos, en varios de los cuales quedamos empantanados. Cerca de la meta nos esperaba lo peor, pero nuestro coche siguió en la lucha, vacilante, zigzagueante, casi a los tumbos, magníficamente solidario con el propósito de sus ocupante de llegar a toda costa.

No nos desanimó el atraso. La ansiedad había crecido en proporción directa con los kilómetros recorridos y con la observación permanente del cruzar de patos “crestones” y “siriacos”, del rápido desplazamiento de los “ñandúes” y del alegre nadar de las aves acuáticas en los esteros. Estos se formaban en las márgenes de algunos caminos, que por poco utilizados, el monte invadía en partes. En todo se adivinaba la visita frecuente de las lluvias de verano.

Por fin llegamos al casco de la estancia. Me pareció haber alcanzado el cielo con las manos. Las aventuras empezarán, pero yo las vivía anticipadamente, a toda marcha, con la imaginación.

El esfuerzo había quedado atrás y nos proponíamos vivir el futuro.

Lo esperado comenzó muy temprano, listos los caballos y presto el encargado de la estancia para acompañarnos. Gozamos, ya en marcha, de un escenario ideal: la mitad del terreno era monte y el resto estaba ocupado por grandes lagunas y extensos esteros. Al paso del caballo sentíamos olor a tierra virgen, mientras una gran cantidad de aves se alejaban ante nuestro sorpresivo paso.

El paisano que nos guiaba reunía todo lo bueno que había leído sobre el gaucho, y lo demostraba: seguridad de su paso y conocimiento del terreno.

De tanto en tanto hacíamos un alto, siempre con matices: una huidiza nutria o el cruzar de "Ipacaá". En algún momento los ladridos de los perros indicaban la presencia de un peludo o el movimiento de la cola, de una iguana.

No era el paisaje africano ni el amazónico que soñaba, pero resultaba una realidad que entusiasmaba, un espectáculo que quedó impreso indeleble en mis retinas.

Sobre el caballo, acompañado, pero de alguna manera también solo conmigo mismo, me hice la promesa de volver, la que después cumpliría religiosamente. En el conocimiento de ese lugar, había iniciado mi verdadero aprendizaje naturalista. Y lo que es más, había encontrado mi norte.

SEGUIMOS EN LOS MOLLES

Estuvimos varios días en la estancia. Las horas de luz pasaban rápidamente; las de sombra parecían eternas, no obstante la necesidad del descanso.

Muy de madrugada nos despertaba el centinela "Chajá", que parecía invitar con sus gritos a las demás aves para ofrecer, en conjunto, el diario concierto del amanecer.

Nos inclinábamos un día por recorrer los montes, y otros por visitar las lagunas. Entre la vegetación, observábamos muchas veces los dormideros de los guazunchos y las pisadas de algún puma que imaginábamos lentas, elásticas y expectantes al seguir los pasos de una majada.

Nuestras pupilas se agrandaban reiteradamente ante tanta belleza. La pausada voz de los peones expresaban sabiduría cuando repetían lecciones por ellos aprendidas con la experiencia de años.

Gozábamos en plenitud. Nuestra única preocupación era la permanente baja en el haber de nuestros días de vacaciones. No todo resultó agradable. Pero es estas andanzas las dificultades que se presentan quedan simplemente como anécdotas.

No olvido aquella vez que mi caballo metió la pata en un pozo y tuve que regresar a pie varios kilómetros, tampoco la temible yarará que mordió a un perro y lo sumió en una terrible agonía de varios días; también una larga cabalgata de 40 kilómetros en mal terreno a que nos impulsó una intensa y prolongada lluvia, creando la necesidad de aprovisionarnos en el pintoresco almacén campero.

Hubo algo especial, quizá por el temor que me inspiró el episodio ocurrido en esa vieja y acogedora estancia de mi niñez. Mi permanente afán de aventuras me llevó un día hasta un lejano juncal donde estuve muy cerca, de dos hombres que buscaban los huevos de las aves como alimento. Sus actitudes me hicieron presumir que eran fugitivos de la justicia, pero me ví obligado a dialogar con ellos. No tenían armas a la vista y aproveché la primera oportunidad que se me presentó para regresar en forma disimulada y pasos lentos que después se convirtieron en carrera, pensando en ser viento para arribar a la nunca tan acogedora civilización.

En aquellas primeras excursiones, no pensé que todas las riquezas naturales que me rodeaban podían disminuir. Pero con el correr de los años, lamenté no haber contado en ellas con prismáticos, equipo fotográfico, filmadora y grabador. Con tal compañía tendría documentada la generosidad de aquellos lugares para recibir y alimentar a tanta flora y fauna. Y hoy la mostraría a los cuatro vientos para que todos deploraran el brutal saqueo del hombre. Aquella tranquilidad de las aves frente a nuestra presencia se hubiera contrapuesto al temeroso recelo de hoy, infundido por las armas, las quemazones y las fumigaciones.

Por entonces, mi vista saltaba presurosa de un lugar a otro y cada vez me admiraba más. Colonias de cuervillos con sus largos picos, garzas de blancura inmaculada, junto a sus hermanas, las garzas moras de airoso porte. Un poco más allá las gallaretas, macáes, patos y las risotadas francas de los gallitos del agua. Todos contentos, iban de un lado a otro, dueños absolutos de la generosidad que les ofrecía la naturaleza.

Llegó el punto final de mis vacaciones. Pero como dije, regresé al lugar y lo seguí haciendo, casi como una costumbre. Así pude comprobar en mis sucesivas visitas la lamentable y paulatina desaparición de vizcachas, mulitas y guazunchos; la persecución implacable para la obtención de sus cueros que hacían de los zorros y de las iguanas; la notable disminución de colonias de aves que habían llenado de color y sonido el paisaje.

Pienso en aquellas excursiones a "Los Molles" encontrando en ellas muchas de las razones que me determinaron a comulgar con la naturaleza, como hasta hoy, todos los días.

SALGO DE LA PROVINCIA

MIS TÍOS

Mis padres eran docentes y nuestra familia contaba y cuenta con varios maestros. Lo eran de vocación y en consecuencia nunca se angustiaron por ser llamados a ejercer en lugares que por alejados les permitían enseñar a gente casi marginada de la civilización.

Para mí, tal vez con un criterio un poco egoísta, era una felicidad tener familiares lejos de casa. Venía como anillo al dedo para mi espíritu aventurero, y ello me permitió conocer muchos lugares del país que posiblemente hubieran interesado muy poco a una gran mayoría, pero que resultaron ideales para mis intenciones y forma de vida.

Otras gentes, paisajes y costumbres; tierras vírgenes con plantas y animales que hasta entonces me eran desconocidos, a no ser por fotos o referencias, eran poderosos atractivos para mis ansias de aventuras. Felizmente, los parientes ausentes fueron siempre generosos para las invitaciones y mis padres nunca opusieron sus temores a los viajes.

Varias tías, maestras, entre ellas “Meche” y “Chichina” siempre me regalaban libros con cuentos de animales. Otra de ellas, Irma, fue a desempeñarse en Pozo del Tigre, una modesta localidad en el centro de la provincia de Formosa. Su hermana Beatriz, decidió visitarla y en la necesidad de compañía, fui el feliz elegido.

Lógicamente, no conocía aquellos lugares y la posibilidad de llegar hasta ellos me fascinaba. Mucho antes de partir tenía preparada mi valija, mientras la imaginación volaba en busca de lo que podría encontrar por aquellas soledades.

En algún momento pensé que el viaje no se concretaría. Si bien era firme la voluntad de Beatriz por ver a Irma, eran sabidas las dificultades que por aquel año 1956 significaban los malos caminos y los deficitarios medios de transporte. Yo no admitía inconvenientes: mi preocupación era que el viaje finalmente se concretara. Vivía entonces sacando cuentas de las horas que faltaban para emprender la marcha.

Un día partimos, para poner fin a mis angustias. Lo hicimos desde Santa Fe; en un tren de irritante lentitud, que paró sistemáticamente en todas las estaciones de la línea a Resistencia. Llegamos a la capital chaqueña, tomamos un colectivo que por caminos de tierra nos llevaría hasta la ciudad de Formosa. Con él, por terrenos polvorientos, cruzamos montes y palmares; después el río Bermejo en un viejo lanchón.

Aunque el destartado ómnibus, por los ruidos de su motor y carrocería, prometía dejarnos varados en cualquier momento, el viaje era entretenido. Por lo pronto, no sólo personas conformaban el pasaje, sino también gallinas y otras aves. Además era vehículo proveedor de numerosos almacenes que surgían a la vista –a veces de improviso- entre las arboledas; también servía como correo para acercar correspondencia a destino.

El colectivero era un personaje singular para mí, aunque pudiera ser común para otros. En cada parada de las muchas que atormentaban a los viajeros, aprovechaba para conversar con la gente. Se interesaba por la salud de sus semejantes y dejaba mensajes para parientes, amigos o apenas conocidos.

El calor dentro del viejo rodado era a ratos insoportable y como subían más pasajeros de los que bajaban, el hacinamiento era cada vez mayor. Yo permanecía silencioso, mientras mi tía Beatriz se apantallaba con un viejo abanico, reliquia de familia, mientras rezongaba a ritmo de rezo por tono y continuidad.

Entre tantas paradas, cargas y descargas, mensajes, conversaciones y buenos deseos, fue corriendo el tiempo y llegamos tardísimo a Formosa. Pernoctamos en un hotel de galerías con arcadas que daban a un patio con palmeras, semejante a los vistos en las películas de misterio filmadas en Marruecos. Al día siguiente reemprendimos la marcha en un tren que, con destino final Salta, nos iba a dejar en Pozo del Tigre.

Nuestro deseo de llegar tornaba a esta etapa en una lentitud agobiadora. El tren estaba formado por viejos y chirriantes vagones que resultaban sumamente incómodos, pero era el único medio de transporte seguro de la zona, ya que los caminos de tierra eran malos y por sus desniveles, hasta las garúas los dejaban intransitables. Había que aceptar pues aquel tren, como lo hicieron por años todas aquellas personas que completaban el pasaje cada vez que se ponía en marcha.

En el trayecto seguíamos mi tía y yo, de sorpresa en sorpresa. En cada estación, subían mercachifles de todas las edades, hombres, mujeres y niños, ofreciendo la más variada línea de mercaderías: empanadas, pan, tortas, chipá, zapallos, corderos, chivitos y hasta pequeñas jaulitas con pájaros y animales.

Incluso el agua se vendía en aquel tren de mi inolvidable juventud. Los rostros curtidos de aquellas gentes, iban y venían por los atestados vagones con olla y cucharón, ofreciendo un vaso del líquido a un peso de aquel entonces y con el agregado de limón, costaba un poco más.

Por momentos el viaje era realmente una pesadilla. Por eso respiramos hondo cuando se nos dio el aviso de una llegada y vimos al cartel indicador con el esperado “Pozo del Tigre”. Nuestra alegría fue enorme al ver a Irma y su

esposo, que con rostros sonrientes, agitaban sus manos en señal de bienvenida. Pareció eterno el abrazo de las dos hermanas y fue jubiloso el saludo que di a quienes serían nuestros anfitriones. El intercambio de noticias entre Irma y Beatriz fue inmediato, como comienzo de una charla que se haría permanente. La bonhomía y buena disposición de mi tío, al que llamábamos Tito, se puso en evidencia de inmediato; satisfizo todas mis ansias de conocer y para ellos me llevó por los montes diariamente, poblados por muchísimos animales y sonorizado por vaya a saber cuántas especies de aves. Fauna y flora eran lujuriosas en aquellos parajes que uno creía alejados de la mano de Dios.

En esos días había aparecido en Pozo del Tigre un hombre que cumplía la triste misión de caza animales para los zoológicos y circos. Vi en su poder pumas, tapires, pecaríes, yacarés, gatos monteses y una infinidad de aves que habían perdido su libertad.

Sentí tristeza por los cautivos. Ya entonces experimenté pena de ver aquellos seres creados para saltar y correr en generosa despliegue por los montes, selvas y campo, atados, sogas en cuello o encerrados en pequeñas jaulas que les impedían mínimos movimientos. Era el triste triunfo del hombre, nacido para cuidarlos, y que vencía sobre ellos sojuzgándolos. Quizás todos esos animales terminaron sus vidas bien alimentados, pero llegaron a la muerte privados del mejor don: ser libres y moverse a voluntad por los ilimitados predios que les regaló la naturaleza, la madre generosa de la creación.

Habían dejado de ser dueños de sus destinos, pasando al cautiverio. Fueron robados de sus ambientes para ser convertidos en piezas de exposición para entretenimiento del hombre de la ciudad.

Sin dudas, un triste destino que impone una crítica dura para el amo y señor, el hombre, que no supo, que no sabe administrar los bienes que el Supremo le cedió como dote al darle la vida. Es por el despilfarro tan poco inteligente y egoísta de lo que fue abundante y parecía interminable, que muchas especies de animales desaparecieron y otras desaparecerán.

Es doloroso saber que nuestra juventud sólo pueda conocer algunas especies visitando un zoológico o un museo. Es lamentable ver cuando algún irresponsable caza por el simple placer de matar o por negocio y pose orgulloso y desvergonzadamente junto a la presa con el arma que utilizó. Es un crimen que nunca recibe el castigo que merece.

Aquello de que “nuestros derechos terminan donde empiezan los de los demás” debe regir también la relación hombre-animal, aunque estos no tengan oportunidad de protesta. Nuestros descendientes tendrían entonces la oportunidad de gozar de las magnificencias de la naturaleza como gozaron nuestros antepasados y parcialmente nosotros.

Tras esa protesta, que muchas veces me hacen repetir los simples recuerdos, rememoro una visita que con Tito hicimos a los aborígenes de la zona. Visitamos las tribus de maticos y de los Pilagáes, que casi en la indigencia, vivían en las cercanías del poblado. Ofrecían realizar algunos trabajos, vendían leña y mostraban sus habilidades en manualidades que casi regalaban a los interesados, por un precio no acorde con sus esfuerzos.

Con ellos cambiamos algunas palabras. Pero resultaba difícil entendernos, por mayor que fuera nuestra atención y voluntad para hacerlo. Recuerdo a un niño que parecía intentaba –quizás fue ilusión- darme un mensaje especial.

Así pasaron aquellos días en pozo del Tigre, asistiendo a la vida dura y sacrificada de muchos, pero también a la generosidad de la naturaleza. Este viaje tuvo sabor a aventura y me dejó muchas enseñanzas.

El regreso a nuestra casa fue similar al viaje de ida. También puso a prueba nuestra paciencia, sobre todo la de mi querida tía Beatriz, que generalmente presentaba “al mal tiempo, buena cara”; algunas veces un rezongo, pero nunca el desánimo.

PRIMER VIAJE AL SUR

Mencioné a mi tía Irma, en momentos que ella vivía en Pozo del Tigre, en Formosa, circunstancia que me permitió viajar por esa provincia y conocerla. Ahora debo recordarla en Río Gallegos, porque allí fue trasladada, pudiendo yo realizar mi primer viaje por al sur de nuestro país.

La epata inicial hasta Buenos Aires la hice con mi padre. Allí nos separamos para que él fuera en avión, yo lo haría por tierra, animado por el espíritu de aventura que siempre tuve y por mi deseo de conocer, durante el largo itinerario, geografía y paisajes de la zona, su gente y sus costumbres. Así lo hice, aun en la duda sobre el tiempo que me demandaría el viaje, pues corría el año 1959.

De Buenos Aires a San Antonio Oeste, viaje en tren, continuando luego en colectivo. En Comodoro Rivadavia el petróleo era objetivo prioritario y convocaba a muchos necesitados de trabajo. La afluencia era masiva y escaseaban pasajes y alojamientos.

Con un susto llegué a la nombrada ciudad. Al iniciar una pendiente, se rompieron los frenos del ómnibus que nos conducía y al ganar velocidad, el conductor se vio en determinado momento, en la disyuntiva de seguir la ruta doblando con peligro de volcar o de seguir derecho por una cortada que presuntamente nos llevaría a un lugar despoblado. Se decidió como correspondía por lo último, pero con la mala suerte que en el atajo -poco transitado- se recreaban tres niños de corta edad.

Fue terrible ver como el coche atropelló a dos de los pequeños, despidiéndolos hacia un costado, para detenerse finalmente junto a las vías del ferrocarril.

No habíamos alcanzado a bajar cuando el padre de uno de los niños, en un ataque de desesperación, pretendió agredir al conductor, esgrimiendo un cuchillo que a todos nos pareció de dimensiones descomunal. Finalmente fue desarmado.

Los niños heridos fueron trasladados a un hospital y comenzaron para nosotros los trámites policiales que nos detuvieron hasta la noche. Había que dormir, faltaba alojamiento y con otros pasajeros pasé la noche con la angustia de lo ocurrido, sentado en la silla de un bar, esperando la salida del coche que me llevaría a San Julián.

Tuve entonces tiempo de observar al vertiginoso ritmo de vida de Comodoro Rivadavia, ciudad que, como todas las del sur por aquellos tiempos, eran zonas francas. Allí se podía comprar cualquier mercadería importada, desde pimienta inglesa, balas alemanas y autos norteamericanos, hasta radios japonesas.

Apenas amaneció, con el coche reparado y cambio de conductor, reemprendimos la marcha. Momentos antes de partir, averigüé que aunque graves, los chicos seguían viviendo y con esperanzas de mejorar. Ojalá haya ocurrido así.

Nos pusimos en camino hacia San Julián, tardando todo el día en llegar. Se trataba de una pequeña población de casas de madera con techos de zinc. Poco de interesante vi allí, a no ser una cantidad de fajos de lana, como lo delataban las inscripciones inglesas sobre su peso y destino, y que estaban listos para ser embarcados. Eran producto de la esquila de ovejas de la zona.

Allí tampoco pude conseguir alojamiento, pero ante mi insistencia, ordenada por la necesidad de dormir, me ubicaron en un altílo que debía compartir con otras dos personas.

Cené y busqué mi cama temprano. Uno de mis compañeros de habitación ya estaba descansando, pero el otro llegó después, como a las dos de la madrugada. Hizo un ruido terrible y al despertarnos pudimos ver a un señor muy gordo, aparentemente árabe o sirio, que cargaba en esos momentos un gran borrachera. A duras penas había podido prender una vela, pero no tenía suerte en la empresa de sacarse los zapatos, por lo que emitía una serie de maldiciones e insultos, todos de grueso calibre, contra el caprichoso calzado.

Me tapé hasta las orejas con una frazada, lamentando no haber elegido un bar como la noche anterior. El hombre seguía en su lucha hasta que perdió al dormirse con los zapatos puestos, para roncar de inmediato a ritmo de locomotora. Desvelado, aguardé la luz de la nueva jornada que me haría posible seguir en busca de Río Gallegos.

La última parte del viaje me hizo olvidar todas las dificultades. Vi guanacos corriendo libremente a la par de las liebres patagónicas (maras) y de los ñandúes petisos. Ante mi vista quedó desvirtuado todo aquello de que la Patagonia era una llanura interminable. Admiré su cambiante fisonomía, con hermosos cañadones, extensos salares, ondulantes caminos y por sobre todo, con el magnífico espectáculo de una rica variedad de especies animales.

Por fin a los cinco días de la partida, arribé al destino, calmando así la inquietud de mi padre y tíos que por mi demora habían pasado horas que ya tornaban angustiosas.

Conté algo, no todo, sobre las vicisitudes que tuve que afrontar durante el largo viaje. Fue agradable la sensación que sentí al apoyar mi cuerpo y mi cabeza sobre un blanco colchón y una mullida almohada. Así repuse mis energías y me sentí en condiciones de gozar de mi primera visita al sur del país.

El primer conocimiento detallado de la fauna de lugar la tuve en el Museo de Ciencias Naturales. Las piezas taxidermizadas me dieron una idea sobre formas y colores de las distintas especies, aunque como sucede siempre, recién pude comprobar la postura y belleza de muchas de ellas cuando con el correr de los días las vi volar o correr en sus ambientes naturales.

Siempre tuve inclinación por curiosear los nidos de las aves. En Río Gallegos pude ver los de gaviotines, gaviotas y otras aves, así como sus huevos.

Estábamos cerca de Punta Arenas, en Chile y la visitamos. También llegamos hasta Río Turbio, importante centro minero, ubicado en territorio argentino, haciéndolo en un extraño medio de transporte al que se lo denominaba "satélite". Se trataba de una zorra del ferrocarril, que marchaba por la acción de un auto adosado en su parte superior y mediante un original sistema de poleas ajustado a las ruedas. Aunque parezca una contradicción, viajábamos así, cómodamente en automóvil por las vías del tren.

Vimos desde ese rodado hermosos arroyos de aguas transparentes y abundante pesca, observando campo y caminos permanentemente utilizados por zorros, liebres ñandúes y otros animales que parecían asombrarse por las características de nuestro vehículo.

Aprovechamos nuestra presencia en Río Turbio y por sugerencia nacida en el espíritu curioso e inquieto de mi padre, visitamos una mina de carbón por dentro, lo que resultó una aventura inolvidable. Nos vistieron de mineros y mi facha provocó la risa de los acompañantes. Las botas me quedaban demasiado holgadas y al casco debió posarse en la nuca para dejarme libre los ojos, lo que no fue óbice para que pudiera aprender cosas interesantes durante el recorrido. Montados en un trencito llegamos hasta determinado punto y desde allí seguimos a pie hasta las profundidades de las excavaciones, para ver a los esforzados mineros, taladro en mano, apartando el carbón. Nuestros ojos trataron de hacerse más grande en la semioscuridad y los oídos hicieron lo posible para ganarle al ruido y asimilar las explicaciones del procedo de extracción.

De regreso a Río Gallegos nos comentaron que los cauquenes, aves que pertenecen a la familia de los patos, eran muy abundantes y que por entonces sus huevos se vendían para el consumo, mientras que los de gaviotas servían para ser empleados en la elaboración de tortas. Como “en todas partes de cuecen habas”, allí también hay quienes individualizan los lugares de postura de nuestros patos silvestres y vuelvan en cuento les es posible, munidos de cualquier bolsa para llenarla hasta no caber más.

Conducta increíble. El daño provocado por ello, como otros actos de los depredadores ha sido denunciado muchas veces por las personas conscientes. En visitas posteriores que realicé al sur del país, advertí la marcada disminución de numerosas especies, que eran antes dueñas del lugar.

Hay que atender a la prédica conservacionista y sumarse a ella afectivamente, no en sentido declamatorio. Es una lucha que se va a perder seguramente en el caso de que no se consigan más soldados para su causa. Debemos despertar todos los días nuevas conciencias para evitar graves consecuencias al país y perjuicios a nuestros descendientes.

Después de veinte días regresamos y en una primera etapa a Buenos Aires, lo hicimos en avión. Cómodas ocho horas reemplazaron entonces cinco días de viaje, pese a una tormenta que nos hizo añorar por el momento los trenes lentos y destartalados colectivos. Finalmente nuestro pedido de auxilio Dios fue escuchado y llegamos normalmente. Pero desde entonces no tengo gusto al viajar por las alturas, lo que dejo para mis amigos alados prefiriendo el suelo firme, aunque se diga que es más peligroso.

UNA PAUSA OBLIGADA

APRENDIZAJES

Al terminar mis estudios secundarios, realicé con mi madre, Aurora, un hermoso viaje a las Cataratas del Iguazú, donde comprobé la generosidad del Dios para el suelo argentino.

Cuando regresé, debí prepararme para mis tareas universitarias. Razones económicas y también de tiempo, me obligaron a dejar de lado mi obsesiva vocación por admirar y conocer la naturaleza. En esta época inicié el noviazgo con Graciela, mi esposa. Ya entonces la entusiasmaba con mis berretines naturalistas, y cabe reconocer que siempre encontré en ella, comprensión y apoyo en mis inquietudes.

Fueron siete u ocho años de pausa y de aparente olvido para “plantas y bichos”. Pero al conseguir el anhelado título de Médico Veterinario, se reavivaron mis inquietudes con el recibo diario de revistas con todo tipo de animales.

Había muy buenas fotos, en aquellas publicaciones y tanto era así, que me despertaron una verdadera vocación por la fotografía de animales en libertad. Me propuse practicarla y me inicié adquiriendo una máquina al efecto y unos prismáticos. Juan Carlos, el vendedor, al explicarme cordialmente y con lujos de detalles el funcionamiento de mi flamante “Asahi” con teleobjetivo de 300 milímetros, me introdujo en el maravilloso mundo de ese arte.

Con muchas ilusiones empecé a recorrer, ya con herramientas en las manos, los alrededores de Esperanza, y en pocas horas terminé tres rollos de película en blanco y negro. Una paloma torcaza, pájaros posados o volando airosamente, teros de negras pecheras, un hornero construyendo su nido, fueron los primeros animales que posaron inadvertidamente para mí.

Mandé a revelar y esperé, impaciente, el resultado. Cuando llegaron las fotos casi decido dedicar mi tiempo a cualquier otra actividad, porque la gran mayoría de las fotos estaban fuera de foco. Algunas aves en movimiento tenían cortadas las alas, la cabeza o la cola; otras parecían nebulosas dentro del paisaje y algunos pájaros no eran identificables por la gran distancia que los había separado de la lente.

En la desilusión sin embargo, me tracé el propósito de mejorar aquella producción inicial, estudiando y aprendiendo. Conseguí nuevos accesorios y agudicé mi ingenio para preparar escondites, aprendí a deslizarme en silencio y a esperar, sin apresuramientos los momentos oportunos para fotografiar. Comprendí que no es cuestión de

apretar el obturador y sacar una toma detrás de la otra. Debía realizar buenas fotos, no sólo por satisfacción personal, sino para que ellas sirvieran luego para la identificación y el estudio del material.

Mucho tiempo dediqué y dedico desde entonces a la fotografía. Adquirí grabador y máquina filmadores, completando así un equipo que resulta de valiosísima ayuda.

Cada momento libre lo aprovechaba recorriendo, fotografiando y filmando lugares y seres vivientes que los poblaban. También grabé cantos y gritos, que luego me servirían para armar películas.

En esa época visité el norte santafesino, acompañado por mi tío Raimundo y su hijo Javier. Coincidimos en elegir por escenario de aventura una zona de lagunas rodeadas por montes, para encontrar sobre todo aves acuáticas y también las que viven en terrenos arbustivos.

Mientras mi tío acondicionaba el campamento y buscaba lugar para el asado, salimos de recorrida con Javier que cargó con el grabador y yo con las cámaras.

Entramos en la laguna. Los primeros “personajes” que llamaron nuestra atención fueron una pareja de gallitos del agua. Como siempre lucían sus vistosos colores: negro en el cuello y pecho, castaño en el dorso y alas amarillas verdosas; pero esta vez su comportamiento era extraño, pues gritaban con fuerza y realizaban permanentes y aparatosos movimientos, desplazándose de un lugar a otro. Hasta daban la impresión de estar heridos.

Sin entenderlos y después de haber obtenido varias fotos y de hacer correr bastante la cinta del grabador, seguimos caminando, para encontrar sorpresivamente, casi debajo de nuestros pies, tres huevos amarillentos con rayas negras. Estaban colocados sobre los repollitos del agua y de no haber mediado la casualidad nos hubieren pasado desapercibidos. Se trataba del nido simple y mimético de la inquieta pareja de gallitos, que con su curiosa actitud pretendía alejarnos. Sentí una enorme alegría, porque era uno de los primeros nidos descubiertos. Sacamos más fotos, grabamos otros gritos de los padres y dejamos todo como estaba para que continuara la incubación.

Agua a la cintura, seguimos con la marcha y nuestras investigaciones. En un lugar de ralos juncos, vimos flotando una masa de vegetación que aparentaban ser materiales en descomposición. Había leído sobre los nidos de los Macáes y lo que estaba viendo se parecía mucho. Destapamos el embrollo y encontramos la nidada: tres huevos ocráceos amarillentos, pertenecientes al Macacito común, ave que se caracteriza por su cabeza negra con una banda blanca que en los costados se entremezcla con plumas oscuras.

Los descubrimientos nos hacían felices, pero la dificultosa caminata nos había despertado hambre. Satisfechos de nuestras observaciones, regresamos a la sombra de unos aromitos, donde el tío Raimundo arrimaba las últimas brasas a un apetecible asado. Minutos después almorzábamos comentando todo lo visto en la laguna.

Teníamos fondo musical sobre nuestras cabezas. Era el canto de un Juan chiviro, ave de pico anaranjado, negro collar y el resto del cuerpo plumoso. Más lejos sentimos el variado canto de un pájaro famoso por sus melodías : la Calandria.

Descansamos un rato, ya planeando cambiar a la tarde de laguna por motes. Mi tío juntaba cacharros y se proponía dormir una siesta. Los pájaros parecían respetar su descanso, pues todo era quietud y silencio.

Pero ese silencio no era completo, en cuanto destacaba un monótono canto que se repetía con idénticas pausas. Quisimos localizar al ejecutor y empezamos a buscarlo sin ponernos de acuerdo. Mi primo decía que el sonido procedía de un lado y yo aseguraba que era del otro: lo sentíamos por momentos cerca y luego muy lejos. Como resultado de nuestra búsqueda, vimos volar un ave que se posó en la punta de un algarrobo, mimetizándose en el denso follaje. Nos acercamos más y más, mientras nuestro escurridizo amigo repetía incansablemente un canto bisílabo.

Llegamos por fin, silenciosamente a un lugar donde lo vimos de cuerpo entero, con sus colores apagados, larga cola y ligero copete. Pareció vernos y emprendió un largo vuelo para desaparecer de nuestra vista.

Volvimos al campamento. En el auto había un libro que me ayudaba a ubicar las aves. No podíamos equivocarnos: habíamos perseguido al misterioso “Crespín”, al ave de tantas leyendas tristes, al pájaro que atrajo la atención de tantos escritores.

Hoy al recordar aquel episodio, damos razón al poeta y amigo Juan Carlos Roteta cuando en versos que recoge la litoraleña “Mi Pago Litoral” dice:

“Canta el Crespín su dolor,
Jugando a las escondidas”

PRIMERA SALIDA CON MI HIJO

ENSEÑANZAS

Entre tres y cuatro años tenía mi hijo Martín cuando decidí llevarlo al campo por primera vez, pese a los argumentos que oponía su madre aludiendo a su corta edad. Como rebatí esos argumentos, Graciela comenzó a recordar relatos sobre peligrosas víboras y a exagerar la molestia de los mosquitos. Es que creía, como lo hacen las mujeres, que su marido puede desempeñarse en muchas tareas, pero no en el cuidado de un chico. Esta vez no me convenció y logré llevarlo a Soledad, una población cercana a San Justo, en la provincia de Santa Fe, desde donde me habían llegado datos sobre la existencia de Agachonas, aves de largos picos y cuyas costumbres quería estudiar.

Mi madre llegó cuando terminaba de preparar las cosas de Martín. Me pidió que la llevara y que extendiera la invitación a Meche, una de las hermanas de mi padre. Dije con gusto que sí. Pues tal tía, gran amante de la naturaleza, de los viajes y de los paisajes, fue siempre mi eficaz colaboradora, por tomarse el trabajo de recortarme los artículos de diarios y revistas que podían interesarme y conformar mis archivos con material de consulta.

Tras breves preparativos de los invitados, partimos los cuatro. No dudaba y así lo hice saber a mis acompañantes, que la razón del viaje de las dos mujeres era Martincito, por entonces el único nieto. Era evidente que ambas, en la misma postura de Graciela, querían estar cerca del niño como si yo, el padre, hubiera sido un despreocupado.

Llegamos e instalamos el campamento debajo de unos paraísos. Limpiamos el suelo, bajamos la mesita, los sillones y la comida. Mi madre y mi tía quedaron en preparativos de lectura y yo partí de la mano con mi hijo para recorrer los alrededores.

Martín, puestas unas botitas de goma y un gran sombrero, parecía un forastero proveniente del lejano Oeste norteamericano, sobre todo porque completaban su equipo, una cartuchera y un revólver de plástico que de vez en cuando sacaba con el tradicional “pum-pum”.

Tomamos un camino de tierra bordeado de esteritos y caminamos al ritmo y modo que permitía su corta edad. Evité avanzar por las cercanías de los yuyales, de manera que sólo pude mostrarle aquellas aves comunes, que no se asustan por la presencia del hombre. De todas ellas le había explicando sus costumbres y adaptando a su oído algunas de sus leyendas.

De pronto apareció el chillón Tero y fue gracioso oír a Martín, repetir una y otra vez tal nombre, ya que le costaba bastante pronunciar la era. Pudimos admirar Gansos blancos, Patos, Teros reales, Verdón y Chorlitos.

El pequeño no podía estar más contento y lo demostraba. De a ratos jugaba tirando terrones o dándole utilidad de sables a palitos que cortaba; en otros, chapaleaba con sus botas, aprovechando los charcos formados por depresiones del terreno.

Regresamos sin que yo encontrara, ni recordara siquiera a las Agachonas. En el aspecto científico había resultado una expedición fallida, pero la valoraba afectivamente, pues me había permitido contemplar a mi hijo moviéndose sin trabas, gozando al aire libre en contacto con la naturaleza. Fue aquella mi primera salida con Martín, después se sucederían otras. En todas, además de enseñarle a observar, le di consejos sobre el debido comportamiento del hombre ante la naturaleza. Creo que él los comprendió, porque me contaron de sus lecciones a compañeritos sobre la atrocidad que significa matar un ave o quemar un árbol.

También le enseñé cómo moverse en el campo, incluyendo la forma de subir sin riesgos a los árboles, y en la actualidad puede ayudarme satisfactoriamente en la observación de los nidos.

En esa experiencia y en otras posteriores pude comprobar que ese tipo de consejos cala hondo en los niños, pues en su interior, en su esencia, el hombre ama la naturaleza. Sólo debe enseñársele a manifestar ese amor y eso desde su más corta edad.

Al retornar al campamento mi madre y mi tía recibieron a mi ayudante con preguntas e inspecciones de ropa, que eran mimos encubiertos, como se regresara del África o del Amazonas, tras meses de ausencia.

LOS GALLITOS DEL AGUA SE RIEN

Tenía interés por conocer un gran estero del norte santafesino. Pasé la noche en Reconquista y de madrugada viajé por la ruta 98. Por entonces todavía estaba oscuro y las primeras luces del amanecer me sorprendieron, como había calculado, en mi destino: “La Zulema”. Allí sobre la banquina, en el automóvil, esperé que se hiciera de día, escuchando los cantos y gritos de las aves que se aprestaban a buscar sus alimentos.

El lugar fue cobrando animación con el desperezarse de la naturaleza y en los pequeños claros del denso juncal se hicieron visibles algunas gallaretas, con sus rápidos desplazamientos. El alerta del chajá puso una nota de vivacidad al ambiente.

Desde un monte cercano, alegrado por las blancuras de garzas, las gallinetas hicieron escuchar sus gritos. Un par de caracoleros pusieron la nota aérea, dando vueltas en prolongados y elegantes planeos. Todo era armonía y parecía trasuntarse un mutuo respeto entre el conjunto de aves. Cada una hacía lo suyo sin molestar a las demás, salvo el caso de legítima defensa, de una agresiva tijereta que picoteaba en pleno vuelo la cabezota de un carancho para alejarlo de su nido.

En mi entretenimiento, ignoré cuantos minutos pasaron hasta que el sol empezó a regalar claridad por el naciente. Retomé el camino muy despacio, acodado sobre el volante, todo vista y oído para no perder detalles en la soledad de ese inolvidable amanecer.

Llegaba a un puentecito cuando se cruzó presurosa la serpiente más grande que alguna vez pasó frente de mí, lo hizo tan cerca que frené el coche para dejarla seguir su camino en busca de la vegetación acuática. Era una curiyú, culebra no venenosa, común en estos ambientes.

El paisaje, a los costados no interrumpía su maravillosa exposición multicolor. En los esteritos de agua limpia y hasta en las mismas cunetas, se reunían los caraos, las águilas pescadoras y los aguiluchos colorados. Sin solución de continuidad se escuchaban, a lo lejos y de más cerca, los gritos de los “pacáes”.

Al levantarse sobre el horizonte, el sol hacía realidad un día maravilloso. Apuré la marcha, en mi intención definida de arribar lo antes posible a la laguna “La Loca”, para recorrer los montes y encontrar nidos de charatas.

Antes de llegar a Fortín Olmos, vi dos gallitos del agua en la actitud sospechosa, inquieta y vigilante que adoptan cuando cuidan el nido. Me detuve escondiéndome entre las matas, para observar, quedándome inmóvil un rato. La pareja volvió al lugar del que había salido y con los prismáticos pude ubicar entonces sus huevos, depositados sobre la vegetación.

Me interesaba fotografiar el nido, por lo que a pesar de la hora y de la descontada frialdad del agua, decidí entrar. Me coloqué unos pantalones de goma que llegaban al pecho y resueltamente entré en el estero.

La profundidad se hizo mayor y cuando me faltaban unos metros debí levantar la cámara para no mojarla. A pesar de estar vestido y no tener contacto directo con el agua por mi vestimenta, sentía frío. Un poco más adelante, ya se hizo evidente que la hondura no me daría posibilidad de fotografiar bien el nido. No obstante quería llegar a él para apreciarlo de cerca, y así di vuelta, dejé el equipo y retorné, ya más cómodo con las manos libres.

Me acerqué más y quedó al alcance de mi vista, casi de mis manos, un conjunto de tres huevos de color marrón amarillento, con líneas negras entrelazadas, depositados sobre los repollitos del agua. Pero casi de inmediato un chorro helado penetró dentro de las largas botas por la parte superior, mojando mis ropas al deslizarme. Me invadió una tremenda sensación de frío y al intentar retirarme me perdí en un pozo y quedé con el agua en el cuello.

La ropa mojada y el pantalón de goma lleno de agua me quitaron casi toda libertad de movimientos y temí sucumbir ahogado en un lugar con toda la apariencia de no ser peligroso. Pero el propio peligro me dio fuerzas y moviendo violentamente pies y manos pude encontrar el punto de apoyo que finalmente apareció.

Inicié el regreso, todavía asustado. Detrás de mí, los gritos de los gallitos del agua, parecían como nunca, verdaderas carcajadas. Confieso que la presunta burla me dio bronca, que debí cambiar en sonriente conformidad al llegar al automóvil y contemplar la pareja de gallitos en un permanente y airoso aleteo.

TIERRA DEL FUEGO

LA COLONIA DE GAVIOTINES

Mis inquietudes de naturalista me llevaron a conocer toda la Argentina. Aunque no se trate de “mi ambiente” ya que nací y vivo en una provincia del Litoral, siempre me interesó particularmente el Sur del país, que es generoso en su flora y fauna, de características muy distintas a las que apreciamos en el Norte.

Esta vez viajé en auto, acompañado por mi esposa Graciela, mi hijo Martín y mi hermano Héctor. Éste cursaba por entonces el tercer año de medicina y deseaba tomarse un descanso. Se sumó encantado a nosotros y resultó ser un magnífico acompañante dispuesto siempre a charlar con Martincito para tornarle más llevadero el viaje de tantos días.

Inicio el relato desde que almorzamos cerca del Lago Fagnano, que muestra sus aguas azules en una extensión aproximada a los 545 kilómetros cuadrados. Comimos sin apuros y en una primera observación de la fauna del lugar, vi un Macá grande, que nadaba solitario y majestuoso. Llevaba la cabeza erguida, orgulloso de formar parte del paisaje de ensueño en que estábamos inmersos.

Martincito, conforme con el alimento que le ofreció Graciela se quedó dormido. Con Héctor emprendimos una caminata. Nuestra intención era examinar los alrededores y para hacerlo parecían no bastarnos los ojos. La naturaleza premió nuestra curiosidad y atención, y por única vez en mi vida vi sobrevolar, con movimientos rápidos y bulliciosos, a una bandada de Cotorras del Sur, que habitan las zonas frías.

Encontramos dos Caranchos en la actitud altiva con que parece desafiar la repulsión que en algunos provoca, y que resulta injusta, pues son escobas que barren las carroñas de los campos. Se notaba que algo perseguían sus vigilantes miradas. Nos escondimos y sintiéndose otra vez solas, las aves se tiraron al suelo; inmediatamente un Cauquén adulto emprendió la huida. No lo hizo en forma decidida, y al salir nosotros del escondite, advertimos que los caranchos tenían el propósito de alimentarse del pichón de aquel Cauquén. No fue necesario siquiera levantar las manos para ahuyentar a las rapaces, pues nuestra presencia bastó para que remontaran vuelo y posaran en la copa de un árbol vecino desde donde alzaban sus cabezas como protestando por nuestra intervención, de alguna manera extraña a la naturaleza.

Fotografía al asustado pichón y al regreso de la madre tomé escenas del presuroso y alegre encuentro. Segundos después se les unió el padre y los tres se alejaron, dejando que los caranchos rumiaran su derrota.

De alguna manera, como dije, nuestra intervención era extraña a la naturaleza, pero nos importó una gran satisfacción. El que quiera a las aves, siente alegría al salvar una vida, aunque sea la de un modesto ejemplar, sobre todo porque se trata de una especie perseguida por el hombre.

Todas tienen derecho a vivir, aunque la subsistencia de algunas depende de las actitudes y necesidades de otras más poderosas, las que a su vez siempre sucumben ante alguien superior. Todo eso hasta llegar en escala ascendente al hombre, que es generalmente el que rompe al equilibrio.

Regresamos cuando Graciela nos reclamaba y continuamos viaje por la ruta N° 3 hasta Río Grande. Nuestra marcha era tranquila, pues teníamos reservado alojamiento y así, aun desde el automóvil, no perdíamos detalle de esa maravilla que es Tierra del Fuego.

Una de las curvas del camino nos aproximó al mar y pudimos ver una bandada de Gaviotines de cola larga, revoloteando la costa, buscando o cuidando algo. Nos detuvimos y los mayores fuimos a observar.

Nos esperaba una gran sorpresa. Los Gaviotines, lejos de retirarse cuando nos aproximamos, sobrevolaron nuestras cabezas, amenazantes en sus vuelos rasante y gritos chillones.

La costa del mar estaba allí cubierta de piedras multiformes, de variados colores y las aves persistían en su actitud. En determinado momento, advertimos casi bajo nuestros pies, innumerables nidadas.

Sin buscarla, dada nuestra ignorancia, habíamos descubierto una colonia de gaviotines. Aprontamos la cámara fotográfica y la filmadora, eran cientos de nidos que una vez descubiertos aparecían claramente, pero que segundos antes estaban ocultos por ese artificio de construcción –paradójicamente simple- que es el mimetismo.

El color ocre con pintas marrones claras y oscuras en toda la superficie de los huevos de las aves, se mezclaba con el variado multicolor de las piedritas. Allí no había palos, pajas, plumas ni cerdas. Las posturas estaban hechas en simples depresiones del suelo.

Perdimos la noción del tiempo, observando y ganando conocimientos. No atendíamos a las aves que en picada se lanzaban sobre nosotros, y hacíamos oídos sordos al bullicio infernal que provocaban sus alborotados gritos.

Sólo después de un largo rato, advertí las señales de Graciela, que nos requería. Saqué un par de fotos más del conjunto, filmé otras escenas y regresamos.

A cada instante volvíamos las miradas. Los nidos desaparecían de la vista y en el aire cada vez había menos Gaviotines en vuelo. Detrás nuestro el paisaje y la vida que encerraba quedaban intactos, en un silencio sólo roto por el batir del mar. La colonia quedaba como la encontráramos, con los Gaviotines incubando o vigilando sus nidos.

MI AMIGO DIEHL

OTRA VEZ EL NORTE Y SU FAUNA: RAPACES-MONOS-GARRAPATAS

Juan Diehl fue compañero de estudios y juntos nos recibimos en la facultad. Hombre temperamental e inquieto, ha sido y era para mí un gran amigo. El cariño que nos profesamos nos permitió continuar relacionados a pesar de las distancias que separan a mi Esperanza (en Santa Fe) de la Resistencia, la capital chaqueña.

Muchas veces salimos juntos de excursión. La que relataré seguidamente, hecha por Formosa y Chaco, se concretó por invitación suya.

Llegué hasta la su casa y casi de inmediato viajamos hasta Pirané. Desde allí a Colonia Pilagá, situada en el centro-norte de la provincia de Formosa.

Ambos lados del camino estaban bordeados de grande árboles y el agua había formado verdaderas lagunas. En plena marcha pudimos gozar de hermosas escenas, como la rápida y asustada huida de diversos animales buscando el escondite que los librara de nuestra curiosidad y el cruzar permanente de patos, bandurrias y biguáes.

Durante este viaje, la naturaleza me brindó la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos. Por primera vez pude observar el gris plumizo de la Bandurria mora y la imponente blancura del Jabirú, sólo manchada por su enorme pico negro y collar rojo. En ambos casos y pese a nuestra cercanía, las aves adoptaron frente a nuestro coche la misma conducta: levantaron sus largos cuellos e indiferentes, volvieron a bajarlos, siguiendo en la rutina de procurarse alimentos.

En este paso me fue presentado Don Núñez, en cuya casa modesta, plantada a la sombra de grande timbóes, paramos.

Tengo fijos en mi memoria su criollo y curtido rostro, su cansino andar, el firme acento que ponía en sus palabras. Todo lo que explica el respetuoso “Don” con que todos, como espontáneamente lo hicimos nosotros, lo trataban.

A poco de conversar con él, advertí que conocía los secretos del monte y las costumbres de todos los animales de la zona. Hablaba con seguridad y se mostraba disimuladamente orgulloso de su versación en el tema. Sus disertaciones fueron cobrando entusiasmo y extensión cuando comprobó el interés que nos despertaban todas las explicaciones.

Con Don Núñez de guía y en un luminoso, aunque sofocante día, comenzamos a recorrer las arboledas. A poco de andar y en un claro, pude ver fugazmente a la inconfundible Chuña grande, ave de largas patas, que huyó de inmediato a notable velocidad.

El paseo transcurría monótono, sin mayores expectativas ni descubrimientos, hasta que nuestro gentil cicerone preguntó si queríamos filmar rapaces en busca de alimentos. Respondimos afirmativamente, aunque extrañados de la proposición, pues no ubicábamos en todo el firmamento visible, ni en los árboles de las orillas del monte, movimiento alguno de esas aves ; además al descampado, cerca de esas orillas, sin lugares donde escondernos, los prometidos visitantes nos verían y se escabullirían del objetivo de la filmadora.

Con tranquilidad y aplomo Don Núñez prendió fuego a unos pajonales secos, llamas y humo empezaron a cobrar altura. Casi de inmediato aparecieron los primeros candidatos a la filmación. Aguiluchos, águilas coloradas y halcones de cabeza negra, al divisar el humo, llegaron al lugar para sobrevolar casi sobre nuestras cabezas. Vista abajo, de vez en cuando se lanzaban en picada, levantando del suelo un ligero Cuis o una escurridiza Culebra, y se alejaban en seguro vuelo.

Así, ratas, ratones y lagartijas eran capturados con facilidad. La explicación anticipada de Don Núñez era exacta: el fuego espantaba aquellos animales de la espesura y la aguzada vista de las rapaces, podía seguirlos en su huida.

Agradecemos a Don Núñez la enseñanza, ya que sus mañas habían hecho posible las tomas de fotografías y filmación.

Al día siguiente emprendimos el regreso, pasando por General San Martín en la provincia del Chaco. En unos palmares escuchamos primero y divisamos después al Chopí, ave muy perseguida por los cazadores de pájaros.

Reflexionamos. Esos comerciantes aprovechados que malvenden para su exclusivo beneficio lo que es patrimonio de todos, hacen negocios con aquellos que se autotitulan “amantes de los pájaros” y los coleccionan. Realmente, en lugar de quererlos parecen odiarlos, pues los compran para encerrarlos en míseras jaulas de la que escapan cantos que debemos suponer son de dolor y añoranza y no de alegría.

Seguimos caminando y al internarnos en zonas de mogotes ubicados a orillas del río Bermejo, fuimos alertados por fuertes gritos. Prestamos atención y en el monte a nuestra vera, aparecieron los monos carayáes, en numeroso grupo que nos permitió distinguir el negro color de los machos y el amarillento de las hembras.

Los monos se desplazaban con agilidad por las ramas de los árboles, mostrando habilidades de trapecistas. Los miramos largo rato, apostando a que alguno de ellos terminaría algún riesgoso salto azotándose contra el suelo. Pero ninguno se cayó, ni siquiera las madres que con sus crías pegadas a la espalda no se quedaban atrás en demostraciones de coraje y equilibrio.

Los carayáes son monos muy bullangueros y se los tiene como sucios. Lo que ocurre respecto de esto último, es que al asustarse aumenta su peristaltismo intestinal y comienzan a defecar, poniendo en el ambiente un hedor que obliga a retirarse.

No obstante lo dicho, logramos fotografiarlos y tal fue nuestra atención que nos metimos inadvertidamente en un caraguatal, plantas de vistosas flores, pero de hojas largas con ganchudas espinas, que nos rompieron los pantalones y hasta llegaron a lastimarnos.

No fue esa la única consecuencia de nuestra visita a los carayáes, ya que el lugar estaba lleno de garrapatas. La molestia fue tremenda y corrimos a terreno limpio para sacarnos toda la ropa y librarnos de estos parásitos. No nos quedaban ganas de regresar al lugar de los monos pero escuchando de lejos sus gritos nos quedó la impresión de que parlotearo, se burlaban de nuestros apuros.

Seguimos la marcha y ya cerca de Resistencia, en un campo que nos pintó ideal para nuestros estudios, seguimos indagando. Junto a una inmensa laguna rodeada de monte, hicimos un escondite y quedamos a la espera. Pronto comenzó ante nuestros ojos el desfile de una manada de carpinchos. Mirándonos, se nos ocurrió pensar la gran diferencia que existe entre los animales que se mueven en libertad y los prisioneros, aun cuando lo están en la cierta comodidad u opulencia de los zoológicos. Los movimientos de aquellos son más graciosos y dinámicos, sus juegos más alegres, miran con ojos más vivaces y sus pelajes tienen un brillo especial. Parecíamos estar en el paraíso de los carpinchos, y gracias al viento que corría desde ellos a nosotros fueron muchos los que pudimos admirar, hasta una enorme hembra había salido a pasear y en un momento, delante de nosotros, dio alimento a su hambrienta prole. Advertimos en el cielo algunas bandadas de patos de la especie conocida como Sirirí correntino y un pirincho negro chico o anó, posóse en el árbol bajo el cual estábamos, sin ninguna clase de temores por nuestra cercanía.

Esa zona era realmente privilegiada por la abundancia y belleza de su fauna. La poblaban tucanes de hermosos colores y enorme pico que comían las frutas del Aguaí. También adivinamos la presencia del Alma de gato, ave de larga cola que lleva tal nombre por lo sigiloso y rápido de su andar entre las ramas, que la asemeja a tal felino.

No teníamos noción de lo que había avanzado la tarde y quizás hubiéramos esperado la noche en el lugar. Pero lo impidió el tiempo que con oscurecimiento del cielo, truenos y relámpagos nos anunció una tempestad. Recogimos presurosos nuestros bártulos y emprendimos rápida carrera rumbo al camino de asfalto, luchando con golpes de viento que levantando tierra pretendía desorientarnos; así se desató una de las violentas y acostumbradas lluvias de verano de la zona. Por suerte estábamos ya a metros del automóvil, de manera que llegamos a él apenas mojados, respiramos hondo, nos relajamos y seguimos camino.

El chaparrón fue breve. El sol todavía no había alcanzado a ponerse totalmente y sus últimos destellos tiñieron el cielo de un raro color rojo-amarillento.

En tanto el viento mecía la vegetación e impulsaba a las nubes a carreras caprichosas, la naturaleza cantaba otra vez, en la alegría que renueva después de cada chaparrón.

EL NIDO DEL MARTÍN PESCADOR

En la intención de investigar un nido del Martín pescador o matraca, esperé el mes de octubre, el más propicio en nuestra zona para este tipo de tareas, ya que mientras algunas aves están en plena postura, otras crían sus pichones.

Silvestre del Barco, un islero hecho y derecho había prometido guiarme. Conocí su verdadero nombre y apellido tiempo después de aquella excursión y todo por la costumbre tan santafesina de manejarnos a través de seudónimos. Resulta que todo el grupo que lo conocía, lo individualizaba como "Cheves", en la seguridad de que así se llamaba cuando en realidad esa había sido una denominación cariñosa que le dio su madre a poco de nacer, ni él sabe todavía porqué.

Lo cierto es que Cheves, también experto parrillero de muchos años en "El Quincho de Chiquito", popular comedor de pescados en la "Vuelta del Pirata", cerca del río Leyes, fue conductor de una recordada excursión. La hice en compañía de mi padre, de Pedro Oscar Roteta y de Luis Horacio Bonaparte, eficaz conductor de su embarcación "Nora-Alicia", que nos transportó en marcha lenta pero cómoda.

Salimos del "rancho" del Dr. Juan Carlos Roteta, a la vera del Colorado y navegamos por este arroyo que recibe aguas del denominado "Potreros", uno de los afluentes del Leyes. Todo formando una hermosa zona de pintorescas islas de abundante vegetación.

Cheves nos indicaba nombres de lugares y relató varias de sus muchas experiencias de islero, muy especialmente de su convivir con animales de la región, sobre todo pájaros.

Descendimos de la lancha en lugar que nos pareció prometedor. A los pocos pasos, dimos con un nido del espinero grande, muy común en la zona. Luego el de la ta-cuarita azul y otros del zorzal rojizo y Juan chiviro grande. Fuimos advertidos por Cheves de las pisadas y excrementos de carpinchos, roedores antes numerosos y que ahora perseguidos, resultan difíciles de encontrar.

Cheves seguía adelante, demostrando en detalles que daba sobre la vida de muchos animales isleros, sus muchos conocimientos. Entre los mamíferos mencionó los lobitos de río y las nutrias, ambas especies en disminución sobre todo en el caso del primero, dada la codicia del hombre por su valiosa piel. Nos habló de sus formas de alimentación y de las tretas y trampas que emplean los cazadores para atraparlos.

Volvimos a la lancha y seguimos por el caudaloso Leyes en placentero viaje, muy arrimados a las barrancas para dar con los nidos del Martín pescador. Pequeños agujeros denunciaban la presencia de muchos, pero lo importante era encontrar uno habitado para estudiar la postura. Vimos algunos con marcas de patitas en sus alrededores, pero al agrandar sus bocas con el machete e introducir la mano, comprobamos una y otra vez que ya habían sido abandonados quedando, tras cumplir su función, como simples cuevas.

En viaje de regreso pensábamos ya que nuestra excursión había fracasado en lo que hacía a su propósito principal, cuando alguien del grupo aseguró haber visto una matraca en determinado agujero y hasta él nos dirigió. Paramos el motor, atamos la embarcación a unos raigones y Cheves, luego de agrandar la boca, metió su mano, por cierto que a bastante profundidad. Observamos su cara de satisfacción y segundo después apareció entre sus dedos aleteando, un asustado pájaro multicolor.

El nido estaba con uno de sus dueños; la cuestión era, entonces comprobar si había postura o no. Quedó Cheves a cargo del Martín pescador y yo extraje los cuatro huevos blancos depositados en la cámara de incubación.

Documentamos debidamente el hallazgo, midiendo incluso la profundidad del nido. Volvimos a depositarlos en su lugar y liberamos el ave, que voló a una rama cercana. La espíamos al alejarnos y logramos verla volviendo al nido, una vez restablecida la tranquilidad.

El sol comenzaba a esconderse, dejando como huella de su reinado un tinte especial al poniente. Habíamos conseguido nuestro propósito, pasando además una hermosa tarde. Siempre resulta agradable compartir momentos en el marco de la naturaleza abierta, con amigos que sienten amor por ella, que aprecien el magnífico despliegue de Dios sobre nuestra tierra.

Pasamos muchas horas juntos y ya rumbo al "rancho" seguimos hablando de las hermosas flores, de los vigorosos árboles, del canto incomparable del zorzal o del reiterado y tajante grito del pacahá o gallineta.

En cada uno de los lugares que advertíamos delante,

que dejábamos detrás, en cada una de las aves que buscaban abrigo en la noche inminente, reconocimos una vez más la capacidad descriptiva del "Poeta de la Costa", de Julio Migno. Vate que cantó con acierto las maravillas del paisaje islero, y que recordábamos había dicho:

"Mis islas son eso / las venas abiertas de veinte zanjones / que en tientos de plata / lonjeó el Paraná..."

PERIPECIAS EN EL SUR

Una tormenta al aire libre en el sur del país. ¿Alguna vez, lector, lo sorprendió? Si eso le ha ocurrido, sabrá lo molesta y hasta peligrosa que puede resultar cuando los vientos soplan con furia. Suelen hacerlo de tal modo, que arrancan de cuajo los árboles, por grandes que sean.

Sufrí esa clase de tormenta durante uno de los viajes realizados a la parte austral del país. Nos acompañaban Horacio Lazzarini y su esposa Marilyn, ambos excelentes amigos míos y de mi esposa, y amantes de la naturaleza, como que él es hombre de campo y ella experta botánica.

Ese cariño por flora y fauna y por otros motivos, nos unía en un grupo homogéneo, en el que siempre hubo tolerancia y capacidad de aunar criterios para encarar las actividades proyectadas. Los viajes, entonces, siempre resultaron agradables por largas que fueran las distancias recorridas.

Cuatro voluntades nos pusimos en marcha, sin contar la de Martincito que también de alguna manera impulsaba. Se me ocurrió llevar la carpa, a pesar de no ser imprescindible en este tipo de viajes. Tal decisión debióse al conocimiento de los problemas de alojamiento que se presentan en el Sur en determinadas épocas, en la vigencia del refrán que siempre tengo en cuenta: "más vale prevenir que curar".

Al tomar la ruta 40, dejando atrás la localidad de Perito Moreno, un verdadero oasis en la agreste Patagonia, comenzaron las preocupaciones por los neumáticos, dado el desgaste que causa la pedregosa ruta. Además, de vez en cuando nos sobresaltaban los golpes de las piedras en la base del coche.

Lo que era todo desolación comenzó a cambiar al bordearse el Río Chico, cerca de Gobernador Gregores. Comprobamos una vez más la influencia del agua, que vitaliza muchos de aquellos lugares, haciendo crecer las plantas y poniendo un intenso verde en sus follajes. Tomamos un desvío en Tres Lagos y retomamos la ruta 40 arrimándonos al lago Viedma.

La vista panorámica negaba el concepto extendido de que la Patagonia es inhóspita. Pueden serlo determinados lugares, pero aún ellos ofrecen bellezas; basta buscarlas con alguna atención.

En más de una oportunidad recordamos en nuestras conversaciones al Perito Moreno, verdadero pionero del sur argentino, como a otras personalidades que lucharon denodadamente por llevar progreso a esas regiones, que por alejadas de los grandes centros urbanos del país, parecían de otro continente.

Kilómetros adelante cruzó sorpresivamente frente a nosotros una tropa de ñandúes petisos; lo mismo ocurrió después con una perdiz grande que dirigía nada menos que dieciséis hijuelos, pichones que apenas comenzaban a volar. Paramos, corrimos y alcanzamos a uno de los pequeños, para fotografiarlo y soltarlo luego de modo que volviera con su madre.

Llegamos al río La Leona y allí nos informaron que debíamos cruzarlo por tres distintas partes, en balsas, antes de llegar a Calafate. Las embarcaciones que hacían el trayecto trabajaban de sol a sol y a pesar de que todavía teníamos bastante luz, porque en la región oscurece tarde, calculamos como mínimas las posibilidades de arribar a la citada localidad para dormir.

Realizamos sin inconvenientes el primer cruce, pero en el segundo el sol había desaparecido. Teníamos que esperar el nuevo día y dormir en el lugar, y allí no había nada más que una casilla para el personal de transporte y unos álamos que se elevaban orgullosamente a orillas del río.

Surgió entonces el acierto de haber llevado la carpa y coincidimos en el alivio que significaría pasar en ella la noche. De manera que la instalamos, cenando después tranquilamente con luz natural, a pesar de faltar apenas dos horas para la medianoche de reloj.

El sueño se anunció con bostezos contagiosos y a los pocos minutos dormíamos, cansados por la intensa jornada y ante la perspectiva de otra no menos movida.

El ulular del viento nos despertó. Eran las dos de la madrugada y la tormenta se había desatado. Salimos con Horacio, presurosos para ajustar los tensores de la carpa y quedamos admirados del modo como se arqueaban los álamos, cuyas puntas, sin exageración alguna, casi tocaban el suelo. Pasaban leves sombras llevadas por el huracán, posiblemente arbustos, pero que no identificamos. Todos despiertos, permanecemos angustiados largo rato. No obstante, nadie mostró miedo ni hizo ningún comentario agorero.

El viento siguió en su velocidad, en sus golpes, en su silbar de subido tono un par de horas, pero aún temblando, la carpa se mantuvo firme. Después se aquietaron progresivamente las fuerzas desatadas y la tranquilidad renació. Al despertarnos, de mañana, sólo algunas ramas rotas daban cuenta de lo ocurrido durante la noche. Las primeras charlas versaron, por supuesto, sobre la tormenta y entonces sí cada uno expresó los muchos temores que había tenido.

Desayunamos y continuamos viaje a Calafate, después al Lago Argentino y posteriormente al glaciar Moreno. Estos lugares sobre todo cuando se llega por primera vez, asombran y deslumbran por su belleza. Los distintos paisajes son bellos uno por uno, y forman un conjunto sin igual. Perito Moreno es un glaciar majestuoso, de techo escarpado, grietas profundas y azules. De vez en cuando, suelen desprenderse masas de hielo que emprenden viaje por sobre el agua verdosa, en el comienzo de su paulatina destrucción. El espectáculo admirado en tantas postales que recorren el mundo, cobra así movimiento, mientras roncros crujidos anuncian la próxima separación. Todo reiterándose por años, sin modificar la estructura de la gran mole, de ese gigante blanco que atrae con su belleza y asombra con su imponencia.

LAGOS SUREÑOS

UNA LARGA CAMINATA-LOS ARRAYANES

Resultó magnífico acampar a orillas del lago Huechulafquen, en un viaje hecho con Graciela en el mes de enero, cuando el sol logra entibiar el aire de esos lugares. Lo hicimos sobre un césped natural que parecía cortado por jardineros, y teniendo a la vista, al majestuoso volcán Lanín, que cubierto de nieve, daba la imagen de un enorme helado.

Hice los de siempre. No bien instalados los pertrechos en orden, tomé los prismáticos y salí a caminar para reconocer pájaros porque los de aquellas regiones, en muchas especies, me eran desconocidos.

Constituía un placer caminar en la sombra puesta por los grandes árboles, a pesar del esfuerzo que por momentos suponía avanzar por el empinado terreno que conducía a la montaña. Pasé junto a un caburé, inmóvil de cuerpo que con la contrastante vivacidad de sus ojos y movimientos de su cabeza, parecía preguntar qué hacía yo en sus dominios con extraño aparato colgando del cuello.

Para realizar caminatas ascendentes se necesita un entrenamiento que yo no tenía, razón por la cual cada vez me resultaba más penoso escalar. Pero con voluntad seguí avanzando, hasta que me sorprendió el vuelo de un pequeño pajarito que no conocía y que llevaba algo en el pico. Lo seguí con los prismáticos hasta verlo introducirse en el hueco de un árbol, apenas a medio metro del suelo. Me acerqué y escondido aprecié que continuaba en sus movimientos junto a su pareja acarreado insectos a sus pichones. Tomé datos del ave y dejé a la feliz familia en el silencio del bosque. Cuando regresé a la carpa consulté mis papeles comprobando en la “Guía de aves Argentinas” de Olrog, que el ave desconocida se llamaba Rayadito, habitante de esa zona hasta Tierra del Fuego.

Al reanudar el viaje, embarcamos en Puerto Canoas, para navegar por el Lago Epulafquen. Al desembarcar visitamos las termas del mismo nombre, de calientes aguas sulfurosas y seguimos por serpenteante camino que nos brindó, en todo su largo trayecto, la vista de pequeños lagos de aguas transparentes y variables colores. Tan cristalinas eran dichas aguas que en el fondo podíamos ver los troncos de árboles caídos y los rápidos desplazamientos de los peces.

Desfilaban ante nosotros los lagos Lolog, Lacar, Meliquina, Traful, Correntoso, Espejo y Nahuel Huapi, todos de soberbia belleza, con el azul de las aguas en contraste con los distintos tonos de verde de los vegetales y con el blanco que mostraban los picos nevados de las montañas.

Hicimos nuevo campamento en Villa La Angostura, donde me informé sobre los medios para llegar al famoso bosque de arrayanes. Teníamos dos opciones: en lancha o a pie a través de la península de Quetrihué. Hubo que descartar la primera porque hasta dos días después no salían embarcaciones.

Había que caminar un trayecto que entre ida y regreso alcanzaría a veintidós kilómetros, por senderos sin señales y muy poco frecuentados.

Invité a Graciela a acompañarme y por mi vaga referencia sobre la distancia a recorrer, entendió que eran once kilómetros en total ; animosa, se mostró dispuesta a seguirme.

Se trataba de una senda ondulante, sombreada por distintas variedades arbóreas de magnífico verdor. Ausentes los ruidos humanos, los pájaros ponían música al paisaje, alertándose quizá unos con otros sobre nuestra presencia, como lo hacían los indios al acercarse grupos extraños. Las rosas salvajes se congregaban en matas vistosas y un picaflor de cabeza granate, el único que habita esa zona, se desplazaba rápidamente de una a otra, como llevando mensajes.

La marcha era fatigosa en trechos, y frecuentemente parábamos para descansar y tomar un poco de agua del termo. A cada momento teníamos evidencias de lo insignificante que resulta el hombre, a pesar de sentirse Rey en

la tierra, dentro de la belleza y magnificencia natural, como las que mostraba aquel boscoso paisaje. Nuestro esfuerzo se veía de esa manera recompensado por lo que contemplábamos y los sentidos vibraban plenamente en cada momento y con cualquier motivo, fuera flor, pájaro o árbol.

En las proximidades de un arroyo, un ave con las características de un pájaro carpintero trepó el tronco de un árbol. Dudé en su identificación y seguí estudiando sus rápidos desplazamientos. Algunas características me orientaron hacia la conclusión de que pertenecía a otra familia y aseguré a Graciela que no era del orden de los carpinteros. Efectivamente, como confirmé con otras observaciones se trataba del falso carpintero o pico lezna que trepa a los troncos en forma similar a aquéllos.

Por ratos oíamos el fuerte grito del huet-huet, un pajarito que anda por el suelo o a baja altura entre el follaje. Difícil de ver por pequeño, se hace sentir como si fuera un ave gigante, de la misma manera que esos automóviles chicos equipados con bocinas de colectivo.

Llegamos al extremo de la península. En un descampado donde se confundió el sendero, nos esperaba un maravilloso jardín natural, sembrado de distintas y hermosas flores. Descansamos allí observando el permanente y alegre cruzar de tordos negros del Sur, que cambiaban de lugares en búsqueda de alimentos. Era un sitio para permanecer horas, pero debíamos llegar a los arrayanes y estábamos cerca. Nos pusimos en camino y por fin pudimos contemplar tales árboles, cuya existencia en el mundo ha quedado reducida a poquísimas formaciones. Constituyen una atracción turística, por bellos y extraños, y así se muestran sobre todo en el color de su corteza. Al rato nos sentamos en la confitería instalada en el lugar, sintiendo ese cansancio que parece invadir el cuerpo cuando éste se enfría. Por ello decidimos regresar de inmediato, exigiendo a nuestras piernas, que penosamente obedecían nuestras voluntades. -

—¿Así que eran once kilómetros? — preguntó Graciela.

—Claro —respondí—, once de ida y once de vuelta. La mirada y el silencio de mi esposa fueron clara expresión del disgusto, más simulado que real, que debía causarle la argucia empleada en mi invitación. Aprecio ahora en sus conversaciones, cuando recordamos viajes, que la larga caminata al bosque de los Arrayanes, en la península de Quetrihué, ha pasado a ser uno de sus más lindos recuerdos.

No obstante cada vez que la invito a hacer una caminata, se entera muy bien de la distancia "en ida y vuelta" y de esa cifra, mucho depende que me acompañe o prefiera no hacerlo.

MI HERMANO RAÚL

LA ISLA DE LOS PÁJAROS • BALLENAS Y PINGÜINOS

Los lugares conocidos como Península de Valdés y Punta Tombo, fueron para mi hermano Raúl y para mí metas principales de un viaje hecho a la costa atlántica del sur para filmar animales. La compañía del nombrado fue siempre muy eficaz, a pesar de que no compartía plenamente conmigo el gusto por las cosas de la naturaleza. Raúl las respetaba, tanto como yo, pero su gusto mayor lo encontraba entre el ruido de la mecánica general. En ella está su vocación, pero en aquel viaje lo vi entusiasmarse y trabajar incansablemente en todo lo necesario; además y como técnico en "ruidos", anduvo siempre grabador en mano, atento al grito de los animales, y consiguiendo notas fieles a pesar del permanente viento.

Por lecturas y otras referencias conocía detalles de la rica fauna de aquella región austral. Sabía de las distintas especies de gaviotas, lobos, pingüinos y elefantes marinos, en cuya búsqueda iba. Se me habló también de las ballenas Francas del Sur, que periódicamente visitaban aquellos lugares, pero sólo anoté el dato en mi memoria, descontando que sería difícil tropezar con algún ejemplar.

De un tirón y en veinticuatro horas unimos Esperanza con Puerto Madryn, haciéndose cómodo el viaje, por manejar el automóvil un rato cada uno. Al llegar, de inmediato pedimos permiso para instalarnos frente a la isla de los Pájaros, en el Istmo de Ameghino, que recibe la denominación por el número y variedad de aves que la habitan. El lugar está sujeto a las variaciones de la marea, que al bajar permite un fácil acceso, aunque con la precaución de moverse despacio por el suelo resbaladizo.

Rumbo a la isla, ya volaban sobre nuestras cabezas en graciosas evoluciones las gaviotas cocineras, cuyo blanco inmaculado contrastaba con el negro de sus alas. También los gaviotines parecían acompañarnos. Pero todos apenas fueron muestras del sorprendente espectáculo que veríamos segundos después, al acercarnos al lugar buscado, donde vimos aves juntas como nunca, muchas de ellas entonces desconocidas para mí.

El griterío que causó nuestra presencia fue ensordecedor; habíamos tenido la suerte de encontrar a las gaviotas ocupadas en sus nidos, muchos con huevos y otros con pichones. Mi entusiasmo fue indescriptible y Raúl se sumó a él. Uno y otro nos apurábamos en indicarnos las notas de interés, que sobraban en derredor.

Ocupado en no perder detalles, pisé un huevo del ostrero común, ave cuyo pico largo y aplanado utiliza para abrir ostras y alimentarse. A mis pies, quedó destrozada una cascara con pintas y de color muy parecido a la arena, derramando el viscoso interior. El huevo había sido depositado en una pequeña excavación del terreno y rodeado de piedritas, un mimetismo que me impidió verlo.

En el mismo lugar se estaban reproduciendo biguaes, gaviotines, brujas e incluso patos, por lo que en ese momento era el paraíso del más exigente naturalista.

Teníamos presente la hora en que subía la marea, y antes salimos de la isla. Fuera de ella nos sentamos en el espectáculo del cambiante mar, cubiertos con tricotas para defendernos del frío, a comentar lo observado.

El ruido del mar cobraba intensidad, mientras se apagaban los chillidos de las aves. Pasó sobre nosotros un solitario ostrero y se me ocurrió que con entrecortada voz y movimientos de cabeza, me hacía cargos por la involuntaria rotura de aquel huevo.

La noche se adueñaba del lugar. Nos retiramos a nuestra carpa, donde descansamos plácidamente, esperando el nuevo día.

La jornada siguiente se presentó propicia a nuestros planes y seguimos hasta Punta Norte. Allí encontramos lobos y elefantes marinos de gran tamaño. Estos últimos, llamados así porque los machos tienen una nariz extensible en forma de trompa de elefante, integran aquí una de las pocas reservas de la especie conocidas en el mundo.

Caminábamos entusiasmados, cuando un guardaparques nos advirtió que evitáramos acercarnos mucho a los animales y sobre todo, que no cortáramos su línea de retirada al mar. Si esto ocurría, nos dijo, podían enfurecerse siendo capaces de arrasar con todo en su precipitada marcha hacia el agua.

Nuestra filmadora y cámara fotográfica registraban tanto como la vista, lo que se nos presentaba. De vez en cuando dirigíamos nuestra esperanzada mirada al mar, recordando la noticia sobre la posible visita de alguna ballena, lo cual era probable por ser época de reproducción.

Estábamos en ese comentario cuando advertimos que era mediodía, y decidimos almorzar. Nuestro menú consistió en galletitas, salamines y frutas y aproveché el descanso para andar sin prisa entre los arbustos. Recibí el premio de ver volar muy cerca una calandria gris, lindo habitante de nuestra Patagonia.

Gozábamos de una hermosa vista al mar y contemplábamos tomar cuerpo a las olas sobre la línea que marcaba el horizonte. Mis ojos estaban perdidos en la lejanía cuando los gritos de mi hermano, me volvieron a la realidad. Lo soñado se hacía cierto: ¡habían aparecido las increíbles ballenas! Corrí tomando la filmadora y procuré acercarme todo lo que podía al agua, mientras se divisaban dos de esos animales, que aparecían y desaparecían en alegres juegos. Semejaban enormes submarinos y de vez en cuando expulsaban hacia arriba chorros de agua.

Las dos ballenas, luego de exhibirse, se alejaron. En la alegría de haberlas visto reanudamos el almuerzo y nunca las galletitas, el salmín y la fruta tuvieron mejor sabor.

Llegó otra vez, la hora del descanso y luego marchamos hacia Punta Tombo, en las cercanías de Comodoro Rivadavia, íbamos en busca de una pingüinera, la más grande del país.

En el camino los guanacos pasaron a ser los personajes centrales. Como animales muy perseguidos, se mostraban ariscos y disparaban velozmente por la inmensa meseta.

Por fin aparecieron los primeros pingüinos, simpáticas aves que poco conocía. Su número se fue multiplicando ante nuestro avance y sus gritos también. Estos por momentos se parecen a rebuznos, y justifican uno de los nombres vulgares del animal, el de burro.

Bajamos del auto asombrados por el número de los integrantes de la colonia. También por su simpatía, ya que lejos de huir, muchos ejemplares se nos acercaban para rodearnos, como asimismo al coche.

Era un espectáculo sensacional, pues se calcula que en el lugar se reproducen quinientas mil parejas, todas al mismo tiempo. Cada una de ellas, o la inmensa mayoría, tenían ya dos pichones de color pardo grisáceo. Estos abrían sus picos en señal inequívoca de estar hambrientos, reclamando a sus padres, peces, calamares y pulpos. La tarea de mamá y papá pingüinos era constante y no se reducía a alimentar a sus hijos. Debían vigilarlos celosamente, pues las gaviotas pardas o asesinas esperaban el menor descuido para sembrar la muerte.

Caminando con lentitud, llegamos al extremo de la punta, donde nos encontramos en zona de acantilados con una hermosa vista al mar. Allí apareció ante nuestros ojos otra colonia: la del biguá blanco o cormorán, ave muy mansa que hace el nido con algas y barro, en forma de cráter. Poco los inquietó nuestra presencia y pudimos acercarnos a escasos metros para comprobar que sus nidos tenían uno o dos huevos.

De repente un ave grande sobrevoló nuestras cabezas, obligándonos a agacharnos. Individualizamos a la "gaviota parda" en actitud amenazante, pues nos habíamos acercado mucho a su nido, con un huevo en su interior. A ella se sumó luego su compañero y ambos nos vigilaron hasta nuestra retirada.

Volvimos al auto y armamos otra vez la carpa, mientras el sol empezaba a esconderse. Rato después y a la luz del farol hice detalladas anotaciones de lo visto, para no olvidarme de nada. Como no olvidé sin necesidad de anotarlos, los detalles de ese momento: Raúl dormido y yo escribiendo, en la más absoluta paz. Acunados por el rumor del viento y el repetido golpe de las olas contra los acantilados.

EL GARZAL DE LLAMBI CAMPBELL

Garzal es el lugar donde las garzas forman colonias para reproducirse. Conocía las hechas por las llamadas blancas, tanto grandes como chicas, pero nunca había estado en una de las denominadas moras. Esta es una especie de costumbres solitarias, que sólo se agrupa precisamente, en los momentos de recibir el mandato de la Naturaleza sobre procreación. Entonces se reúnen y nidifican en gran número.

El "Gringo" Reinales y Santiago Scodelari, dos amigos con residencia en Llambi Campbell, me dieron datos sobre un garzal de las moras, puntualizando que según referencias obtenidas, esta especie hacía casi cuarenta años que lo hacía en el mismo lugar. Se ofrecieron a llevarme y un día oportuno nos pusimos en camino.

Ya tenía experiencia para entrar en esteros y lagunas, pero me resultó difícil ingresar en aquel juncal alto, denso, y que ofrecía muy pocos claros. A golpes de machete, con el agua arriba de la rodilla y en fila india emprendimos una marcha lenta y cansadora, que nos pareció interminable; todo en la incógnita sobre si estaba o no en el lugar la colonia buscada.

El peso del equipo de filmación, que llevaba yo en un bolso, era en principio tolerable, pero fue creciendo proporcionalmente con cada paso y al rato parecía contener plomo, al punto que en determinado momento pensé dejarlo. Pero en mi entusiasmo saqué nuevas fuerzas y continué avanzando. No dije ni una palabra sobre mis flaquezas a mis acompañantes que, a mi lado, seguían abriéndose camino en el juncal con notable tenacidad y magnífica disposición de ánimo.

La sed me hizo mirar el reloj y comprobé que apenas había transcurrido una hora de penoso andar. Tomamos un respiro y fue entonces cuando pudimos escuchar un incesante parloteo semejante al ruido que produce el agua cuando cae de una cascada. Era la señal segura de la presencia de muchas aves.

Pudimos dirigirnos entonces directamente al lugar, y a él llegamos casi arrastrando los pies en el barro, sintiendo que las fuerzas nos abandonaban a cada paso. El bullicio se hacía sentir cada vez más cerca, pero sus causantes aún no aparecían. Hasta que delante nuestro voló una garza, y a esa le siguió otra, y otra. Habíamos llegado. Metros más y con la aparición de los nidos se borró mi cansancio. El número de aves se multiplicaba evidenciando la inmensidad de la colonia.

Muchas madres volaban asustadas y algunos pichones ya emplumados se largaban de sus nidos, en infructuosos intentos de seguirlas. Sacamos fotografías y filmamos en la embriaguez de sentirnos en medio de ese movimiento permanente, lleno de matices.

En uno de los nidos un pichoncito pugnaba por terminar de romper la cascara del huevo y en otro, dos disputaban una anguila. Casi a nuestras espaldas, en un tercer nido, su ocupante picoteaba los restos putrefactos de un dientudo.

Habíamos conmocionado el lugar y era inconveniente seguir molestando, pues la continuación de nuestra presencia podía malograr algún nacimiento o poner en peligro la vida de pichoncitos recién nacidos por los bruscos movimientos de las madres. Nos sentíamos como audaces intrusos en un lugar que tenía una comunidad alada por única dueña. Guardamos las máquinas y nos dispusimos a regresar con la misión cumplida.

Quedamos un par de minutos más observando un panorama que era todo alboroto.

En esa inmensidad sin embargo, y como en todas partes, estaba presente la muerte. Algunos pichones yacían con sus largos cuellos encogidos sobre el fondo del nido, pisoteados por hermanos mayores que reclamaban a sus padres ausentes. Arriba, volaban las garzas con sus claros plumajes, pero también lo hacían con amenazantes planeos los aguiluchos y caranchos en procura de robar algún pequeño.

Volvimos sobre nuestros pasos y cuando habíamos hecho metros fuera de los límites del garzal, disminuyó el griterío y renació la calma. Seguramente momentos más tarde recobraría su quietud original.

Tuve que regresar al lugar días después. Necesitaba seguir filmando para registrar la evolución de los huevos que estaban incubados y de los pichones que crecían rápidamente. Pero esta vez lo hice con Ovidio Tibaldo, un amigo

siempre dispuesto a hacerme compañía en mis salidas y con grandes deseos de fotografiar animales. Sin mucha experiencia en incursionar por los juncales, Ovidio llevó unas botas de goma que a los pocos minutos de avanzar, se habían llenado de agua, convirtiéndose en doblemente pesadas. No fue extraño entonces oírle mascullar frases que implicaban una renuncia a cualquier estudio de la naturaleza y a su vocación por la fotografía. También promesas de archivar su cámara por haber comprobado que era más lindo trabajar en su taller que avanzar apartando juncos sobre la insegura base de agua y barro. Lo escuché sonriendo, porque sabía que su renuncia y sus promesas sólo durarían hasta la próxima excursión.

Por fin llegamos a tierra firme, cambiando opiniones sobre lo visto en la exitosa incursión.

Muchas veces volví al lugar, en el que encontré otras aves y otros tipos de colonias, pero las últimas visitas las hice solo, pues parecía que quien había intentado llegar a aquel garzal no se sentía con ánimo de reiterar la experiencia hacia un lugar casi inaccesible. Cabía reconocer entonces que las aves que lo habitaban no habían sido ton-tas en elegirlo.

Ellas no deben haber imaginado la existencia de seres tan audaces y tozudos como los que integran la especie humana, y entre ellos los naturalistas.

NOCHE PARA OLVIDAR

El Noroeste argentino es un lugar que encanta. Fundamentalmente me interesa recorrer sus montañas, con plantas y flores, ambiente propicio para que se críen y desarrollen gran variedad de especies aladas.

Pero una vez realicé por esos parajes, con Graciela y Martincito, un viaje que resultó muy desgraciado, en el que pasé la noche más interminable de mi vida.

Era mi propósito cruzar la Cuesta de Portezuelo, lo que no había podido hacer en oportunidad anterior por el mal estado del tiempo. Para cumplir tal deseo, esta vez dejé atrás los viejos caminos de Santiago del Estero, flanqueados de montes, y comencé a recorrer las serranías de Guasayán. Pero repentinamente nublóse y poco después caía la primera llovizna.

No es agradable viajar con lluvia cuando no se conocen los caminos y se anda por trayectos tradicionalmente peligrosos. Incluso los paisajes pierden colorido y no hay tiempo para la observación, pues se debe prestar toda la atención al manejo del vehículo.

Ya en horas de la tarde pasamos la localidad de El Alto, en territorio catamarqueño y poco después, al intentar un cambio de marcha, no pude hacer entrar la segunda.

Detuve el automóvil, una y mil veces intenté colocar la primera o la segunda marcha, sin resultados. La tercera, cuarta y la marcha atrás, funcionaban perfectamente, pero no bastaban para escalar la montaña. El anochecer llegó con una lluvia cerrada, lo que aumentó mi preocupación y me hizo lamentar haber viajado con mi esposa e hijo. Recordé haber visto una casa momentos antes de sufrir el desperfecto y como el coche estaba en pendiente, lo hice retroceder hasta ella. Pensé que podría preguntar por donde pasaba un colectivo o a cuánto estábamos de una ruta transitada.

En momentos que estacionaba frente al portón de esa casa, pasó un automóvil que detuve; resultó que iba a Catamarca, y así le pedí que nos enviara pronto auxilio.

El reloj marcaba las 19 horas y calculé con optimismo que en tres o cuatro horas podrían llegar a rescatarnos, y me dispuse entre tanto a presentarme ante los dueños de la casa, que se veía iluminada. Notábase en el lugar un ambiente de fiesta y advertí que algunos participantes parecían alcoholizados. No fue de extrañar entonces que prestaran muy poca atención a mi problema, y así no quedó otra cosa que volver al automóvil para esperar la llegada del auxilio.

Ya oscuro, arreció la lluvia acompañada de largos relámpagos y poderosos truenos. En la casa aumentaba la algarabía y parecía que cada vez había dentro mayor número de asistentes a la fiesta. Se escuchaban fuertes gritos, evidentemente producto de continuadas libaciones alcohólicas y de tanto en tanto alguien salía para alumbrarnos con linterna.

En algunas situaciones difíciles he tenido presencia de ánimo, pero reconozco que aquella vez me asusté y en grande. En cuanto a Graciela, ya en estado de angustia, observaba permanentemente el asiento de atrás, donde dormía Martín. Intentamos charlar para tranquilizarnos, pero cualquier conversación parecía no tener sentido, y pronto se interrumpía ante el silencio de uno o de otro. Comimos nerviosamente algunas galletitas, sin sentirle gusto.

La noche avanzaba cada vez más oscura, y la gente empezó a retirarse de la bulliciosa reunión. Casi todos nos ignoraron, pero hubo alguien que gritó con fuerza:
¡Si el caballo no aparece, la culpa la tienen los del auto!
Fue el momento culminante de una noche atroz. La angustia de Graciela se hizo llanto y no supe cómo consolarla. Constaté por centésima vez las trabas de las puertas del auto, y rogué para que apareciese el animal mencionado, que aparentemente había sido atado por allí cerca. Una de mis manos tomó fuertemente el machete que llevaba, preparándome para una situación difícil; pasaron minutos que nunca me parecieron más largos.
Por fin apareció el caballo, como avisaron otros gritos y se sintió un galope de retirada. Poco a poco se fueron todos y las luces de la casa desaparecieron una a una, dejándonos a oscuras con la lluvia.
Habían pasado horas de terrible espera cuando a lo lejos apareció la doble luz de los faros de un auto. Bajé presuroso porque creí que se trataba del esperado auxilio. Pero no lo era; sobre el rodado viajaba un matrimonio que siguió viaje cuando supo que nada podía hacer por nosotros.
Tras la desesperación fuimos ganando confianza lentamente y creo que hasta dormitamos unos minutos. Pero nos faltaba una emoción especial, una centella que nos iluminó y pareció sacudir el auto, despertó a Martín y nos llevó otra vez a la máxima tensión.
La noche se hacía interminable y propicia para auto-recriminarnos por haber elegido ese camino. También protesté contra la suerte al recordar que la rotura se produjo justo en aquel lugar y no antes ni después, y me torturaba conjeturando el porqué de la demora del auxilio.
Pero por fin el naciente anunció su primera claridad. Así al rato puse el auto otra vez en marcha para intentar llegar a algún pueblo con los cambios que funcionaban.
Delante de nosotros había una pendiente muy pronunciada y la aproveché, descendiendo en tercera hasta un arroyo que crucé lentamente, marcha atrás. Fui aprovechando los desniveles, que eran muchos y pude arrimarme a un caserío, aunque con el auto recalentado por el esfuerzo.
La suerte se inclinó a partir de allí en mi favor y di con modesto cartelito pintado de rojo que decía "mecánico". Consulté a un hombre atento que parecía conocedor y al pretender explicar el problema, me asombré porque tanto la primera como la segunda entraron normalmente. Ocurrió con mi rodado entonces lo que muchas veces le sucede a los niños que acusan dolores y se curan repentinamente frente a la consulta médica.
Ninguno de los dos supimos explicar lo sucedido. Confundido pedí disculpas y pretendí dejar una propina por la molestia mañanera, la que no fue aceptada. Apenas pude, reanudamos el viaje, y modificando el itinerario nos fuimos a Tucumán.
Alguien me explicó allí como probable, que alguna piedrita habría trabado la varilla de cambios hasta que el mismo movimiento la obligó a desprenderse.
Tal, se puede suponer con seguridad, fue el motivo del percance, y la razón de haber pasado una noche para olvidar... que nunca olvidar

MOSQUITOS Y RENACUAJOS

Cuando preparo una excursión puedo cometer cualquier clase de olvidos, pero nunca marginar un repelente y una medida de agua. Bien dicen que "la experiencia primera es la muestra y la madre de todas las ciencias". Con numerosos viajes doy fe de la verdad del dicho, por lo menos en la primera parte.
Una vez sufrí grandes molestias por faltarme el agua y el repelente de insectos. Fue desesperante y desde entonces juré comprobar mil veces antes de partir, que mi equipaje incluía dichos elementos.
Pasé por la aludida situación durante uno de los tantos viajes hechos al norte de la provincia de Santa Fe. Lo organicé con Aldo Capellino, un vecino y amigo que me acompañó en muchísimas excursiones, hombre ideal para compañero, por tener capacidad de trabajo y para adaptarse a cualquier circunstancia; igualmente por ser de aquellos a quienes les da igual descansar en el auto, en una cama o al aire libre; comer o no comer; dormir o pasar la noche en vela.
Alrededor de las cuatro de la mañana partimos para el Norte, y acercándonos a Vera, hicimos el viaje premeditadamente lento. A cada lado del camino había esteros que albergaban distintas aves. Fotografíe por primera vez en uno de ellos al águila pescadora, y al federal o Juan soldado.

Al mediodía llegamos al lugar originalmente elegido, y cerca de un obraje acampamos. Apenas comimos para cargar presurosos con el equipo fotográfico y de filmación, prismáticos, machete, hachita y una de las dos cantimploras con agua que teníamos.

Era un día de intenso calor y en las jornadas anteriores había llovido, inundando varias partes del monte. Eso había hecho posible una gran proliferación de mosquitos, de lo que nos dimos cuenta no bien bajamos del auto. Nos pusimos repelente y comenzamos el recorrido que planeábamos.

Se trataba de una zona de montes espesos, con algunos árboles altos que habían escapado al hacha mortífera del hombre. Sus enredaderas y renuevos impedían el paso fácil, obligándonos a dar prolongados rodeos para continuar la marcha.

Llevábamos más de una hora de difícil caminata cuando vimos aparecer en un claro un hermoso guazuncho, otro de los cérvidos perseguido por los cazadores desaprensivos. La sorpresa fue mutua y el animal desapareció de inmediato, dejándonos una visión rápida de gracia y belleza.

El calor, en horas de plena siesta, se había hecho sofocante, y nos dimos cuenta de que el agua iba a resultar insuficiente. Pese a habernos controlado, ya poco quedaba en la cantimplora, mientras en contrasentido, mucha agua putrefacta y contaminada, nos creaba problemas para seguir avanzando.

De un árbol seco, vimos volar un picapalo grande, ave que construye el nido en el hueco de ramas o troncos; desde el denso follaje de un árbol casi tapado por enredaderas, una pareja de charatas nos gritaba.

Eran las primeras aves interesantes que esa tarde veíamos lo que nos sirvió de estímulo para seguir, a pesar de que las fuerzas comenzaban a abandonarnos.

Las molestias crecían y al disiparse el efecto del repelente, resultaba necesario reiterar la dosis, lo que no pudimos hacer: ¡el frasco había quedado en el auto! Frente a ese hecho, el sufrimiento se tornó mayor. Nubes del despreciado insecto se formaban delante y detrás nuestro y en ellas, los audaces formaban gran mayoría.

Debíamos dejar a cada rato en el suelo el equipo que llevábamos, para utilizar las manos e intentar alejarlos, lo que conseguíamos por segundos apenas. Las paradas fueron más que los momentos que avanzábamos y mutuamente nos golpeábamos la espalda para espantarlos y aliviar en algo el escozor que causaban.

Decidimos regresar. Lo hicimos nerviosos, casi desesperados, apremiados también por la sed que hacía rato se había tornado exigente. Pero después avizoramos una ranchada que por sus características supimos que era el hogar de un hachero. Felizmente el hombre estaba en casa, y enterado de nuestras necesidades, fue al pozo en busca de agua, que trasvasó del balde a un jarro. Bebimos con avidez. El líquido incluía algunos pastitos, pero creo que agua ninguna tuvo para mi mejor gusto... hasta que la inclinación del recipiente me permitió ver a muchos re-nacuajitos nadando desesperadamente hacia el fondo para evitar ser ingeridos. No hay duda que eran grandes nadadores y se movían con gracia y rapidez, pero no me resultó muy agradable la situación.

Apresuramos el regreso al campamento en busca de dos líquidos que, como ya dije, desde entonces considero imprescindible: uno para espantar los insectos y el otro para beber.

Aldo y yo, desde entonces, juntos o separados, siempre destinamos dos bolsillos para los frascos que los contienen, aunque las excursiones sean realizadas en pleno invierno.

LUIS EL PAJARERO

Conocí a Luis Bruera por intermedio de unos amigos y pronto fue entre ellos uno más. Nos unía un lazo poderoso: los pájaros. Cuando me lo presentaron fue carta de recomendación el dominio del mismo tema que me apasiona y el conocimiento de muchísimos lugares apropiados para ver, estudiar y clasificar aves.

Nuestras conversaciones ornitológicas se hicieron amenas y comprobé que si bien sus conocimientos sobre la materia eran verdaderos, Luis reducía sus opiniones a las aves de canto melodioso, y a los ejemplares de pluma objeto de cacería deportiva. En aquel momento no presté atención al detalle. Pronto sabría cuál era su interés con esa discriminación que practicaba.

Coordinamos pronto una salida al campo, y en ella las primeras observaciones interesantes que pudimos hacer las brindó un lugar donde nidificaban las corbatitas. Empezó a nombrarlas correctamente por sus nombres comunes, sin caer en los frecuentes errores a que ellos conducen. Habló del dominó negro, del criollo, del paragua-yito, del chileno, del dominó de la isla, etc. Yo los tenía anotados a todos ellos y en cada identificación figuraba también el nombre científico.

En viaje, llegamos a Marcelino Escalada, localidad por la que siempre sentí particular afecto, ya que allí mis padres fueron fundadores de una escuela y nacieron también mis hermanos.

Nuestro propósito empezó a hacerse realidad en un monte de los alrededores. Luis mostró entusiasmo y voluntad y el paseo juntos se hizo así placentero, ya que compartimos la alegría de ver el vuelo feliz de las aves. La recorrida fue matizada por una incesante charla que permitió interiorizarnos de la vida de cada uno. Así aprendimos a conocernos y a estimarnos, valorando que las aves eran una pasión común.

De pronto, un hermoso cardenal colorado hizo una pausa en su vuelo y se posó en una rama seca, muy cerca nuestro. Fue entonces cuando Luis exclamó:

¡Lástima que no traje la trampera!, hubieras visto lo efectivo que es mi llamador... La exclamación me sorprendió, quedé mirándolo en silencio, pero conjeturé por todo lo conversado que me estaba "tomando el pelo" y que había querido comprobar mi reacción, por lo que no mostré ninguna. Pero no pasó mucho tiempo para darme cuenta de que no había tal "tomada de pelo". Necesitados de descanso, nos sentamos en una limpiada a la sombra de los árboles y hablamos de todo un poco. Surgió nuevamente su protesta por el olvido de la trampera con corbatitas y cardenales llamadores. También alardeó sobre sus éxitos en las frecuentes excursiones por bañados, esteros y arroceras en busca de patos.

Sus confianzas me llevaban de sorpresa en sorpresa. Iba juntando rabia para condenar tales diversiones cuando el fuerte chillido de un aguilucho colorado concitó la atención de los dos. Inadvertidamente nos habíamos colocado muy cerca del nido y el ave, temerosa y vigilante, emitió frecuentes gritos. Había nidificado en la copa de un chañar y mi curiosidad me llevó a ver si había huevos o pichones. Luis no me abandonó y los dos hicimos malabares para llegar a lo alto del frágil árbol, que se hamacaba peligrosamente y nos oponía su ramaje puntiagudo.

Llegamos al nido y pudimos ver un pichoncito, ya con la boca abierta en actitud amenazante. Dejándolo tranquilo bajamos para seguir recorriendo el hermoso lugar.

En cierto momento, decidimos separarnos y cada uno fue a caminar por su cuenta. Poco después, cometí un error inconcebible en una persona que ya tenía sus aventuras: cuando se camina por un lugar desconocido y más si de un monte se trata, hay que poner suma atención para no perderse. Lamentablemente, fue eso lo que me ocurrió. Seguí muchos pájaros, siempre con la vista levantada y absolutamente concentrado en la tarea. Así di muchas vueltas y cuando me dispuse a regresar, comprobé estar desorientado.

Llamé a Luis cada vez con más voz. Pensé que estaría cerca, pero no recibía respuesta. La ubicación de los puntos cardinales se habían convertido en misterio y mi desorientación se tornó total. Intenté correr de un lado a otro para ganar tiempo y fue peor. Empecé entonces a preocuparme pensando en lo terrible que sería pasar una noche entera en el monte, jaqueado por los mosquitos.

Pero al fin impuse mi sentido común y salí adelante. Recordé que la entrada al campo que recorríamos estaba bordeada por altos eucaliptus, y realicé todos mis esfuerzos para ubicarlos. Subí al árbol más conveniente para mis propósitos y al divisar la arboleda de la casa, ubiqué la dirección que necesitaba para salir. Suspiré con alivio al divisar el auto, en el que Luis me esperaba hacía tiempo sin hacerse problemas, pues creyó normal mi demora. Rióse cuando supo la verdad, pero no lo hubiera hecho si tardaba una hora más en llegar.

De regreso y al pasar por unos espartillares ubicados al lado del camino, pudimos ver un patito franciscano que aparentaba estar herido. Adiviné lo que pasaba y al acercarme al hábil simulador, éste parecía cada vez más lastimado. Sabía que se trataba de una maniobra de distracción para ocultar el nido. Lo descubrimos con cinco patitos que buscaron pronto refugio entre las plantas a la espera de mamá pata, que vino a unirse a ellos. En otras oportunidades vi casos semejantes, comprobando que son muchas las aves que recurren a idénticas mañas para evitar que los intrusos se acerquen a sus nidos o pichones.

Seguimos la marcha y fue entonces cuando se reanudó aquella desagradable conversación que interrumpió el aguilucho colorado. Más en confianza, Luis reconoció que en su casa tenía muchos pájaros enjaulados e intentó defenderse rindiendo cuenta de los cuidados que a ellos les prodigaba, la excelente comida que ingerían, y el agua fresca que tomaban. También admitió sus "limitadas" cacerías de patos y perdices. Pretendía hacer valer el justificativo de que cazaba para comer y solamente el número permitido por el sentido común.

Lo abrumé con indiscutibles argumentaciones, haciendo inconsistentes las suyas. No basta una jaula grande para los pájaros cuando únicamente ellos son felices en su ambiente natural, sintiéndose dueños de todos los campos y aguadas. Las pretendidas defensas de mi interlocutor carecían hasta de lógica; por ejemplo que si él no mataba los patos otros lo harían.

Llegamos a Esperanza casi en silencio, dándome Luis la impresión de que había reconocido gallardamente algunas de sus culpas.

Han transcurrido los años y me han dicho que Luis colgó la escopeta y ya no caza más patos ni perdices. Desconozco si en ello influyeron mis consejos, pero sé que en parte fracasaron, porque Luis, el pajarero, sigue siendo carcelero de sus inocentes presos.

LA YARARÁ DE MISIONES

Buscar pájaros en los distintos ambientes que habitan, es una tarea que a veces lleva a situaciones peligrosas. Es que el interés que despiertan las maravillas aladas es excluyente y en ocasiones por descuido o distracción, se suele tropezar con sorpresas desagradables.

En más de una oportunidad, esa clase de sorpresas me las dieron las yararaes. Puedo asegurar que no por conocidas en aspecto y costumbres dejan de provocar miedo, más cuando levantan sus cabezas amenazantes en busca de quienes, distraídamente, osan molestarlas.

En la anécdota que ahora recuerdo intervino mi padre, cuyos gritos nos pusieron alertas. Había quedado unos pasos detrás observando detenidamente flores, árboles, aves e insectos, pues de él heredamos el amor y la admiración por la naturaleza. Asustados, con distintas premoniciones en la mente, mi compañero de excursión —que luego nombraré— y yo, volvimos en su búsqueda.

Lo encontramos mirando hipnotizado hacia el piso, demostrando en cada músculo temor o repulsión. Frente suyo estaba una temible yarará, enroscada y presta al salto, hermosa en sus colores oscuros, imponentemente peligrosa en sus colmillos listos para picar. Pareció larguísimo el momento que tardaríamos en encontrar armas útiles, hasta que, con palos, la emprendimos contra el reptil, descargando contra su majestuosa cabeza y serpenteante cuerpo toda clase de golpes, con los que quizá queríamos hacerle pagar el tenso momento vivido. Tras relajarnos y luego de los obligados comentarios, seguimos nuestro camino, quedando el episodio ocurrido a última hora de la mañana, sólo con valor de anécdota. Después vino el momento de la frugal comida y de un breve descanso, unidos en diálogo mudo con la naturaleza.

El hecho sucedió durante un viaje a las Cataratas del Iguazú, donde fuéramos por la necesidad de filmar aves para completar una película.

Habíamos pasado por Yapeyú, conociendo las ruinas de la casa natal del Padre de la Patria. Dormimos en Oberá y al día siguiente, con sol y tranquilidad continuamos por la ruta 14 hasta la localidad de Dos de Mayo. Allí vimos en cautividad a una de las rapaces más temibles del mundo: la harpía. Recordamos lo leído sobre su tremenda ferocidad y un cosquilleo nos corrió por la espalda.

Seguimos en la ruta, rodeados de plantaciones que conforman un paisaje siempre cambiante. No perdimos detalle de todo lo que exponía la exhuberante Misiones. Unos colonos alemanes recolectaban té y fueron gentiles al explicarnos su trabajo y darnos detalles de la dura vida que se pasa en esas regiones.

La llegada a Bernardo de Irigoyen nos premió con una fresca cerveza servida por el clásico almacenero de los pueblos. Casi siempre estos hombres conocen vida y milagros de todo el mundo y saben de lugares, más que los mismos pobladores, aunque personalmente no los hayan conocido.

Además, como no siempre reciben visitas con las que pueden charlar largo y tendido, aprovechó nuestra presencia en un interminable monólogo por momentos aturdidor, pero que nos actualizó sobre las realidades de dicho pueblo, limítrofe con Brasil.

Tras un reparador descanso seguimos metiéndonos en un paraje de enormes árboles, de coloridas flores, de mariposas multicolores, de variados pájaros que emitían armoniosos cantos o penetrantes gritos.

Cuando llegamos al Parque Nacional Iguazú, los rayos solares nos dieron la bienvenida. Al atardecer parecían salir de la vegetación o guarecerse en ella. Nos daba la sensación de ir rumbo a una gran fogata que se alimentaba detrás del verde para nutrirse y cobrar vida en lenguas de fuego que por momentos se acercaban y por otros se alejaban.

Misiones constituye ambiente de innumerables aves, muchas de ellas por entonces desconocidas para mí. Estaba ansioso por empezar el recorrido por la selva con él, no sólo por sus conocimientos, sino porque cuatro ojos ven más que dos. Se simplificaba el esfuerzo y resulta más fácil disipar las dudas. Aclaro que éstas se presentan a cada instante por la diversidad de especies y además porque muchas de ellas son de pequeño tamaño y saben aprovechar, para esconderse, las ventajas que les ofrecen los follajes densos.

Comenzamos a recorrer los tres alrededores de las cataratas, repartiéndonos la carga de equipos y material fotográfico y así desfilaron ante nuestros ojos tucanes, boyeros, surucuás, golondrinas, loros, palomas y pirinchos

negros. La selva era por trechos impenetrable, pero nuestra vocación nos hacía encontrar claros que, a falta de senderos especiales, resultaban apropiados para caminar.

Por momentos quedábamos quietos para que los pájaros se dejaran ver. Nuestra vista era incansable en el descubrimiento de aves que se trasladaban de un lado a otro por la vegetación, en expresivos mensajes de formas y colores.

En un momento sentimos un grito para nosotros desconocido. Ir en busca de esa poderosa garganta fue mandato imperioso, pero no fácil de cumplir. Había que parar de trecho en trecho para escucharlo y mejor orientados, seguir el esquivo llamado.

Nuestra dificultosa marcha se vio al final premiada. Casi arrastrándonos por la espesura descubrimos el dueño del impactante grito. Era un bailarín azul, hermosa ave de color azulado, con capucho rojo, cabeza y alas negras.

Pareció posar orgullosa para la filmación y después voló presurosa desapareciendo en la espesura.

Reanudamos satisfechos el viaje. Luego ocurrió el ya comentado episodio que protagonizó mi padre con la yarará y que felizmente no tuvo consecuencias que lamentar.

Ya en la etapa final de nuestra excursión, caminábamos lentamente y en actitud expectante, nuestra vista fija en el suelo, delante de los pasos que teníamos que dar. Todos siguiendo atentamente los movimientos de las hojas caídas, o de ramas y palitos que en nuestra imaginación por momentos cobraban vida, transformándose en peligrosas víboras.

TRES HALLAZGOS IMPORTANTES

Para el que estudia, comprobar una teoría dudosa, encontrar un ejemplar raro, constituyen descubrimientos que por sí implican verdaderos premios.

Los ornitólogos, aunque no muchos en el país, son capaces y dedicados, y así es difícil lograr éxitos de este tipo, aún aquellos de carácter local o regional.

Para los hallazgos hay que tener conocimientos científicos, es cierto, pero también una gran dosis de dedicación e inquebrantable voluntad. Y, como cabe reconocer, también es indispensable la ayuda de la suerte.

Hay días, semanas, meses y a veces años, en los que se hace un derroche de empeños, con toda la decisión de que uno es capaz y no se consiguen éxitos que puedan considerarse de notoriedad. Me pasó a mí, y les pasa a muchos de mis colegas, tal como ellos mismos me lo contaran.

Pero, tarde o temprano, la buena racha llega. Así sucedió conmigo que sucesivamente realicé tres hallazgos que me colmaron de satisfacción y sirvieron de acicate para continuar las investigaciones que en ornitología, como en todas las ciencias, constituyen lo más necesario y son lo más trascendente.

Hacía más de tres años que buscaba huevos del crespín, la misteriosa ave de la que hablamos en otro capítulo.

Era sabido que no hace nido y parásita los ajenos, pero faltaba comprobar en los de quiénes.

Según algunos autores, esta ave elegía reiteradamente el de los espineros, pero como estos son muchos, me preguntaba en cuál. Era una incógnita más en la vida del misterioso crespín, el que no se deja ver, el que dicen que solamente canta el Día de los Muertos. Pero esto no son más que ficciones, que por supuesto carecen de verosimilitud, como tantas leyendas que tratan de explicar en forma mágica su origen. Lo cierto es que al crespín le gusta la soledad, y emite un canto onomatopéyico que puede escucharse en primavera y verano, siendo por su monotonía particular y sugestivo.

El crespín me tuvo a mal traer largo tiempo. Cada nido con espinas que veía era objeto de mi observación. A todos les hacía un pequeño orificio y cuando no veía los huevos que buscaba, cerraba el agujero tan bien como podía, aun sabiendo que el verdadero dueño iba a terminarlo con perfección.

Así miré los hogares de los espineros chicos, grandes, de pecho manchado y de los pijuís, de frente gris, de vientre gris y de pecho blanco. Fue en un nido de esta especie, ubicado en unas matas de talas, donde apareció lo buscado.

Con anterioridad había inspeccionado el nido, viendo en él dos huevos verdes, propios del pijuí. Señalé el lugar y volví a los tres días. Me causó gran alegría ver entonces el huevo blanco del crespín, más grande que los del pijuí, acompañando los dos verdes mencionados. Había realizado una interesante comprobación.

Pocos días después, todavía estimulado por el hallazgo e impulsado por él, busqué compañía para viajar a Tartagal, en el norte de Santa Fe. Esta población, otrora famosa por existir allí una de las fábricas de extracción de tanino, que pertenecía a La Forestal S.A., tiene en la actualidad, como testigos de tal fama, antiguas casas y vetustos quebrachos.

Desde allí me habían llegado noticias de haberse visto una pareja del pájaro guaycurú, o simplemente guaycurú, como lo llaman en la zona. Se trata de un halcón de color amarillento claro, con un antifaz negro que constituye su característica distintiva. Ato Bianchi fue mi acompañante y como guía elegimos a Oreste Sandrigo, hombre baqueano y experto en aves de esos lugares.

El día elegido se presentó feo y lluvioso, pero igualmente decidimos ir. Sabido es lo que ocurre con las tormentas de verano, que muchas veces pronto aparecen como desaparecen, o descargan copiosamente en un lado y a los pocos kilómetros no dejan caer una gota.

Y estuvimos acertados, pues llegados a Reconquista comprobamos que no había llovido, aunque hacía mucho calor y el cielo comenzaba a ennegrecer. No nos acobardaron los pronósticos y resolvimos hacer los 90 kilómetros de tierra que debían llevarnos hasta la pareja de pájaros guaycurú.

Llegamos hasta la estancia indicada y levantamos al hombre de la noticia, un viejo puestero llamado Luis. En mitad de camino, al mediodía, comimos un costillar de chivo, que asado en el monte, resultó de un sabor particularmente apetitoso. Durante el almuerzo, conversamos familiarmente sobre gran cantidad de animales, ocupándonos de guazunchos, pumas, zorros y, por iniciativa mía, de numerosas aves.

Por fin pusimos en marcha nuevamente la investigación, algo apresurados porque el tiempo empeoraba. No tardó mucho en volar delante de nosotros y sobre unos matorrales, uno de los halcones.

¡Por allí debía estar el nido! Pero ¿dónde? Nadie conocía como era y tampoco su posible emplazamiento. El único árbol de las inmediaciones era un guayacán de enorme alzada, corteza lisa y resbaladizas ramas. A él nos dirigimos y desde abajo divisamos, casi en la copa, algunos palitos mezclados con pajas que indicaban un nido. Palpitamos el éxito de nuestra excursión y la ansiedad por subir fue creciendo.

Trepé con la ayuda de un lazo, haciéndolo con mucho cuidado. Con esfuerzo llegué a destino, y caí en desilusión al comprobar que lo que tenía ante mi vista eran pajas y palos de un nido abandonado.

Empecé a descender, mirando reiteradamente hacia abajo para no caer. En un momento pisé una rama ya rota, que dejó al descubierto un hueco. Miré atentamente y en el fondo del mismo pude contemplar que estaban depositados dos huevos. Tuve la seguridad inmediata de haber dado con lo que tantas veces fue infructuosamente buscado.

Pero faltaba comprobarlo. Ni siquiera toqué los huevos y descendí lo más rápidamente que pude, invitando a mis acompañantes a escondernos para esperar que aparecieran los dueños. Pasó más de una hora, y por fin llegó la encargada de incubarlos. ¡Se trataba del pájaro guaycurú!

Creo que es el primer nido de esta especie que se descubre en nuestro país, lo que constituía razón de más para estar contento. Aquello trascendía al simple éxito personal. Con el hallazgo de ese nido muy raro, debidamente documentado con fotografías y filmación, concreté una contribución importante para la ornitología argentina y mundial. Así el empeño, la dedicación y la tozudez si se quiere, lograban un premio importante.

Seguimos, plenamente satisfechos y un poco disparándole a la lluvia. Pero otro suceso completaría una jornada excepcional. Marchando en el auto y mirando por momentos las aguas de un arroyo flanqueado por grandes pajonales, vi en dispersión un grupo de halcones que volaban en distintas direcciones. El hecho despertó mi atención y nos detuvimos.

Las rapaces que observaba eran muy parecidas al halcón plumizo por su color gris mineral. Pero presentaban una característica distintiva: tenían las plumas secundarias del ala, blancas.

Se me ocurrió que pudiera tratarse del halcón azulado chico, aunque no estaba citado como ave de Santa Fe. Cada observación me convencía más, y poco después, no me cabían dudas. Era ese halcón, ave que migra desde los Estados Unidos y que hasta entonces se sabía que llegaba solamente hasta Formosa y el Chaco. Podía informar entonces que lo hacía más al sur todavía.

Regresamos. Las amenazantes nubes que ya habíamos advertido sobre Tartagal empezaron a descargar agua. El volante corría por cuenta de Ato, pues yo, apurado con lápiz y papel en manos, comencé mis anotaciones.

Pasó el tiempo y cuando estábamos llegando a destino, había escrito una parte de la experiencia vivida con los halcones. Y créase o no, quería soledad para terminar las notas con detalles.

SÚBITA CRECIDA

Viajábamos con Graciela y mi hermano Raúl por la ruta 63 en la provincia de Catamarca y tomamos cuenta, por un cartel indicador, que faltaban 49 kilómetros para llegar a Minas Capillitas.

Seguimos ascendiendo, con algunos temores pues el camino estaba en pésimas condiciones. En algunos trechos debíamos esquivar las grandes piedras y en otros avanzar penosamente por arenales, eludiendo los zanjones

causados por el agua, en los que el automóvil podía quedar colgado. Los obstáculos imprevistos en la ruta y sus dificultades, impedían observar con atención el panorama que nos rodeaba, en la presencia del nevado pico del Aconquija a nuestra izquierda y de la planicie de Campo Arenal a la derecha.

El sol calentaba cada vez más y la vegetación disminuía considerablemente señalando la pobreza de aquellas tierras. Mirábamos el reloj a cada rato y veíamos pasar rápidamente la hora a cambio del avance de muy pocos kilómetros. No aparecían datos indicadores ni persona alguna y por momentos pensábamos que habíamos equivocado la ruta. Lamentamos más de una vez nuestra tozudez y el espíritu de aventura que nos llevó a tomar aquel agreste desvío en lugar de la senda común, con permanente movimiento de vehículos.

Íbamos lentamente y en subida, razón por la cual el automóvil empezó a recalentar, para agregar un nuevo motivo de preocupación. Felizmente no teníamos el peligro de los precipicios, pues como comentamos, en tal caso el panorama de dificultades se hubiera completado.

Ya en plena inquietud apareció un cartel que momentáneamente y a la distancia nos tranquilizó. Pero el leerlo fue para peor, ya que decía: "En caso de emergencia recurra a Minas Capillitas. 5 kilómetros. Se lo ayudará".

La advertencia nos llamó la atención, obligándonos a pensar que lo peor del trayecto faltaba. Pero como nos aproximábamos a mitad del camino a Andalgalá, no teníamos otra solución que continuar.

Llegamos a las minas y parecían desiertas; sólo a insistentes llamados de bocina acudió una señora indicándonos por dónde debíamos seguir. Le hicimos caso y fuimos ascendiendo unos kilómetros más hasta llegar a la cumbre de la montaña.

Comenzamos a transitar, entonces, un camino de cornisa, con profundos precipicios a un lado y al otro. Marchábamos a más de 3.000 metros de altura, cortando las nubes en la caricia de un viento fresco y saludable y en la contemplación de un soberbio espectáculo. Andalgalá entre campos, ríos y montañas, y el serpenteante trayecto que luego tomaríamos para seguir bajando. Nos deteníamos a cada rato, extasiados por tanta belleza y concluimos que el Cóndor, por dominar las alturas, se sentía dueño y señor de ese panorama, lo que explicaba su vuelo majestuoso.

Lejos, los reflejos del sol hacían brillar los cursos de agua, haciendo más llamativo el espectáculo. Por delante del automóvil pasó volando una Palomita dorada, hermosa ave que vive en aquellas alturas.

Seguimos el descenso, tomando curvas y contracurvas durante cerca de tres horas. La vegetación se hacía más generosa, cobrando altura y verdor, mientras de vez en cuando aparecían magníficos cardones con flores de blanca pureza. El paisaje cambiaba y luego aparecieron plantas frutales, nogales y membrillos. Las aves irrumpieron ante nuestra vista como si se hubiera abierto una gran jaula dando al volar de un lado a otro, movimiento a ese lugar de ensueño.

Quedaron atrás Belén, Tinogasta, Famatina y Chilecito. Visitando estas dos localidades últimas, vimos muchas vides. Allí nos invitaron a probar riquísimos vinos y pudimos escuchar explicaciones sobre la forma de preparar "vino patero".

Decidimos seguir rumbo a San Juan, pasando por la pintoresca Cuesta de Miranda, y así llegamos a Villa Unión, a orillas del río Vinchina, donde pernoctamos.

Sabido es que los ríos de montaña son muy variables. Por momentos están secos y de repente, por efecto de súbitas lluvias, se transforman en caudalosas corrientes que arrastran con su fuerza cualquier obstáculo que se presenta en su marcha.

El agua caída por la noche creó esa situación en el río Vinchina, que estaba crecido cuando debíamos cruzarlo por la mañana. Esperamos indecisos, pero luego vimos pasar sin dificultades un camión. Ese hecho alimentó nuestra esperanza de pasar, y dos lugareños nos anticiparon una empresa fácil y sin problemas mayores. Se nos habló de un piso firme y del éxito que habían tenido otros coches medianos como el nuestro.

Deliberamos en consulta familiar con Raúl y Graciela, entonces embarazada de cinco meses, y coincidimos en cruzar. Hasta el medio del río el avance fue normal, pero allí la marejada que levantamos nos mojó unos cables; ante nuestra desesperación, el motor se detuvo.

No sabíamos qué hacer. Bajamos con Raúl para empujar, pero el coche se fue enterrando cada vez más y en su interior había casi tanta agua como afuera. Tras cada estéril esfuerzo y ya con el agua en las rodillas, me acercaba a la ventanilla para tranquilizar a Graciela. Pero mi cara de angustia y su razonamiento la ubicaban perfectamente en la verdadera situación en la que nos habíamos metido.

El automóvil se movía, se zarandeaba, pero no salía del lugar, hundiéndose más en el arenoso suelo. Todo hasta que de pronto, los lugareños (nuestros consejeros), se acercaron y junto los cuatro, en gran esfuerzo, lo llevamos

lentamente hasta la costa. Allí permanecimos un par de horas, para reponer fuerzas y secar los cables del motor, en lo posible.

El mal trance quedó atrás, y otra vez en marcha, las bellezas que fueron apareciendo nos hicieron olvidarlo rápidamente. Pero en la pausa del almuerzo, no hablamos de otra cosa. Recordamos lo sucedido, conjeturando las posibles consecuencias, sólo impedida por la ayuda salvadora de aquellos dos amigos.

Todo quedó en anécdota. Felizmente, para contarla como buen recuerdo.

EL VALLE ENCANTADO

Cada lugar de nuestro país, por supuesto, tiene sus bellezas particulares; entre ellas se cuentan los pájaros, distintos según se trate del Norte o del Sur, entre montañas o en playas marinas, en climas fríos o cálidos.

El Noroeste argentino, con sus características elevaciones, es también pródigo en lo que hace a cantidad, variedad y belleza de las aves, y así resultó exitosa una excursión ornitológica de la que participé en 1977. Había sido invitado a ella desde Salta por Gunnar Höy, encargado del Museo de Ciencias Naturales de esa ciudad. Don Gunnar a pesar de su edad, luce una gran fortaleza física, y gentil y amable, demostró sus amplios conocimientos sobre aves cada vez que se lo solicitamos.

Fui acompañado, además, por Horacio Lazzarini, siempre interesado en este tipo de aventuras. Llegados a Salta y antes de iniciar la excursión, visitamos a Francisco Contino, excelente dibujante de aves y destacado técnico en filmaciones. Resultó muy interesante estar con él, ya que nos expuso sus distintas técnicas para filmar la vida de las aves.

La excursión comentada comenzó por la Quebrada de Escoipe, bordeando un río que daba origen a lugares magníficos, enmarcados por montañas cubiertas de vegetación.

En una advertimos la presencia del pitajo negruzco, que con su característica banda blanca en el ala, se desplaza de piedra en piedra; lo hacía siempre cerca del agua, dando la impresión de andar rondando su nido, que adosa a las paredes rocosas.

El curso de agua era cruzado una y otra vez por puentes que, por lo menos desde lejos, parecían hechos para el paso de trenes y no para el de automóviles.

Llegó la hora del almuerzo y vacilamos para elegir el lugar. Había muchísimos indicados y finalmente optamos por la sombra que nos brindaba una gruta en la montaña, cerca de una pequeña cascada.

Entre bocado y bocado se entabló una interesante conversación, que suspendimos ante la presencia de un piloto castaño. Se trata de un ave muy parecida a un casero a la que vimos buscar vivamente insectos en las orillas de un charco. Los tres permanecimos inmóviles y en silencio hasta que el pajarito se acercó tanto que casi podíamos tocarlo con las manos.

En el mismo momento se acercó un picaflor de cola larga, haciéndonos oír el zumbido característico que producen sus alas, tan pequeñas como hermosas.

Las aves de aquella región deben haber visto pocas veces al hombre, ignorando totalmente la existencia de rifles, gomas, jaulas y pega-pega. Por eso, y como no somos enemigos naturales de ellos —aunque algunos lo parecen— nos consideraron seguramente como simples integrantes del paisaje y por eso siguieron en sus costumbres naturales, sin temores ni recelos. No los defraudamos; ni siquiera nos movimos. Para nuestro solaz, se agregaron otros visitantes de la cascada y del charco, y a todos arrimábamos miguitas de pan y restos de comida. Otra vez en marcha, el ascenso se hizo dificultoso por el esfuerzo a que obligábamos al rodado. El motor recalentaba y debimos parar frecuentemente, en pausas que aprovechábamos para contemplar a los dueños de aquellos lugares. Un picaflor gigante pasó orgullosamente a un costado y se dejó admirar como para que apreciáramos su tamaño e hiciéramos comparaciones con sus pequeños y veloces hermanos.

Seguimos subiendo, alertas al apunamiento y por el serpenteante camino que nos llevaba por la Cuesta del Obispo nos aproximamos a los 3.600 metros de altura. Miramos hacia abajo y una vez superada la impresión de vértigo, apreciamos la imponente belleza de aquellos agrestes lugares. Estábamos tan alto que nuestra vista apenas divisaba el comienzo de la cuesta y el camino que habíamos recorrido se perdía en sus incontables y caprichosas vueltas.

Metros más tuvimos que desviar la ruta para bajar al Valle Encantado. Bastan allí unos minutos para apreciar lo justo del nombre; por momentos, nos sentimos dueños de todas sus bellezas, y por otros, intrusos en un paraíso donde el silencio sólo admitía el trino de los pájaros.

Todo hace pensar en ese paraje, que Dios reina muy cerca y lo cuida celosamente luego de haberle dado vida.

Las montañas aportan lo suyo, pues muchas, curiosamente erosionadas, habían cobrado raras formas, separadas por estrechos pasajes y con el piso cubierto por un prolijo tapiz de corto pasto. Por momentos nos asombrábamos del número de pájaros que surgían delante nuestro, como si quisieran darnos la bienvenida. Unos cantaban con todas sus fuerzas, otros llamaban por su hermosura. Nuestra capacidad de asombro no se colmaba, porque a cada paso aparecía otra nueva belleza, otro matiz de color o de sonido. íbamos de sorpresa en sorpresa. Horacio me llamó para señalar un nido ubicado detrás de heléchos que colgaban de una roca. Sabíamos lo que debíamos hacer: nos escondimos para esperar la llegada de los dueños y establecer fehacientemente a quién pertenecía. No pasó mucho tiempo y un picaflor de cola larga ocupó su puesto para la incubación. Sus dos huevitos blancos, como perlas, puestos en algodonoso receptáculo apenas se veían. Tras nuestro examen nos retiramos cuando dos "chin-chillones" llamaron nuestra atención. Son animales muy parecidos a las chinchillas, aunque con mayor tamaño, lo que explica su nombre; tienen en las patas unas formaciones especiales que les permiten caminar con facilidad por las piedras, saltando y corriendo, sin peligro de caerse.

En el otro lado del Valle, en una pequeña planta cubierta de flores rojas, vimos después libando, un picaflor de vientre blanco, collar verde oscuro y pico ligeramente curvo. Era el picaflor serrano, habitante de aquellas alturas. Nos faltaba encontrar su nido y el hallazgo lo hizo Don Gunnar. Estaba suspendido del techo de una estrecha gruta, a considerable altura en la empinada montaña en la que estábamos.

Desfilaron ante nuestra vista el carpintero de las piedras, que buscaba hormigas en el suelo, y la palomita de ojos desnudos llamada así por tener a estos órganos rodeados de amarillo; notamos que al volar hace un ruido fuerte con las alas, similar al de las perdices.

También aparecieron el fringilo negro y el plumizo y después, para postre o premio de nuestras observaciones, como nota majestuosa en el firmamento, el cóndor o Rey de los Andes, quien de alguna manera, nos pareció que presidía aquella asamblea de pájaros.

Muchas veces deseamos fervientemente saber escalar montañas porque en tal caso nuestro viaje, ampliamente positivo, podría haber resultado más fructuoso todavía por la cantidad de aves que habitan en las alturas y que en grietas o huecos construyen sus nidos. Llegamos hasta algunos, pero nuestra falta de experiencia —y a veces miedo— nos obligó a desistir de muchos intentos.

Las horas corrieron velozmente. Algo superior nos mantenía en el Valle Encantado y nos obligaba a continuar con nuestras observaciones. El lugar transmitía tranquilidad, paz, sosiego. No pensábamos en el cansancio físico para no perder tiempo en pausa alguna; queríamos adueñarnos mentalmente de todo lo que veíamos, grabarnos para siempre la imagen de aquella soberbia belleza.

Sólo cuando fue ineludible, emprendimos el regreso. Lo hicimos con tristeza prometiéndonos retornar una y otra vez para compartir con las aves aquellos lugares de ensueño.

Al pasar por Cachipampa, a medida que avanzábamos, la vegetación se hacía de tamaño menor. Por la ondulada meseta transitamos la recta Tim-Tim de varios kilómetros de extensión, flanqueada de grandes y sólidos cardones que dan la impresión de ser soldados en vigilante actitud.

La aridez de aquella zona hacía que el número de aves disminuyera paulatinamente, sobre todo teniendo en cuenta que momentos antes habíamos pasado horas en un verdadero paraíso alado.

Cachi, pintoresca localidad situada a orillas del Río Calchaquí y desde donde se divisan los nevados del mismo nombre, fue el punto final de aquella jornada inolvidable.

UN PRINCIPIANTE

No es fácil conseguir compañeros para mis viajes de estudio y los necesito, no sólo para ayuda en tareas que no pueden hacerse solo, sino también para tornar más amenas las fatigosas caminatas —en medios a veces hostiles— o las pausas que impone la comida o el descanso.

Casi nunca me han fallado, pero cabe reconocer que muy pocos me acompañaron sintiendo verdadera inclinación hacia las aves, sus curiosidades y sus misterios. Generalmente, sólo querían pasar un día en el campo, o comer un asadito bajo los árboles, o simplemente conocer lugares.

Me asombra que sean contadas las personas que se acercan a mí porque realmente gustan de la naturaleza y se interesan en una excursión de estudio sobre aves y animales. En oportunidades me siento culpable de no poder difundir, a pesar de mi empeño, todo lo maravilloso que resulta este tipo de investigación, capaz de apasionar a cualquiera porque todos los días puede descubrirse algo distinto y de real interés, científico o popular.

Fui sorprendido un día por un joven corpulento, con 17 años y un temperamento nervioso, que llegó a la puerta de mi casa. Pregonó de inmediato su cariño por las aves y me contó que tenía mi colección de "Aves de Santa Fe", agregando que no se había apersonado antes por ignorar que mi domicilio estaba en Esperanza. Hablamos mucho en aquel primer encuentro y lo invité para salir de recorrida. Se llama Andrés Ebel y como sabía muy poco de esta clase de excursiones, extremé mis recomendaciones sobre la ropa y el calzado que debía llevar, precauciones a adoptar en las caminatas por los montes y la mejor manera de observar un ave. Fuimos a recorrer las orillas del Río Salado, lugares donde existe una variada avifauna. Pude comprobar que sabía casi todos los nombres comunes de los pájaros y aprendió de inmediato los científicos. Me habló de que su padre consideraba intrascendente este tipo de estudios y contó las discusiones que se habían originado entre los dos. Pude comprobar que era un gran defensor de plantas y animales y, además, que tenía capacidad de periodista por la forma hábil de preguntar. Habló siempre con indignación de quienes mataban por matar, mientras yo alentaba sus ideas referentes a la conservación y contaminación de nuestro planeta. Aprendió rápido casi todo lo que pude enseñarle, mostrando vocación e inteligencia, y también la cualidad más importante para encaminarse en la investigación: el cariño por el objeto de estudio, la convicción de la importancia de éste.

En momentos de humor, Andrés reconocía que algo le costaba mucho aprender: subir a los árboles. Criado en la ciudad y con muy pocas salidas al campo, lo de trepar con seguridad le resultaba imposible. Pero, como el domador, también a golpes se hace el estudioso de las aves.

Muchas de éstas nidifican en lo alto del follaje, cuanto más alto mejor, para escapar a la curiosidad y a las ambiciones del humano depredador. Y Andrés aprendió a los dos o tres porrazos.

Le expliqué la forma como debía poner los pies, el modo de reconocer las ramas sanas o más seguras, la manera de trepar con equilibrio. Ganó experiencia y al tiempo Andrés podía considerarse un excelente trepador de árboles.

No perdió el entusiasmo inicial. Sigue estudiando y aprovecha cuanta oportunidad tiene para salir a observar las aves. Ya es persona útil para divulgar todo aquello que signifique precepto para conservación de la naturaleza; en otras palabras, para luchar en favor de ella.

EL LITORAL: UN POETA Y UN VIAJE DE PESCA

Entre Ríos tiene mucha gente que ha brillado y se destaca en poesía vernácula. Uno de sus orgullosos es, indiscutiblemente, don Linares Cardoso, cuya obra ha trascendido a los planos nacional e internacional. Linares Cardoso, el hombre que en nuestro país exhumó una música tan bonita y pegadiza como la "chamarrita", no solamente es un excelente folklorista y gran intérprete, sino un estudioso de nuestras tradiciones y costumbres y, por sobre todo, un leal propagandista de su tierra y su zona litoral. Se siente muy feliz por vivir en ella, como él mismo lo expresa en sus versos:

"¡Qué dicha es haber nacido en mi pago litoral... Ñandubay, aguada, río y el aliento de un zorzal...!

El cariño de don Linares por su Entre Ríos se manifiesta en muchas acciones y en la totalidad de sus poesías. En la contratapa de uno de sus muchos discos "larga duración" formaliza una invitación, con palabras hermosas, que quiero recordar.

Está extendida a todos sus hermanos para vivir y gozar Entre Ríos "en la calidad fraterna de sus gentes, para escuchar sus trinos en las cejas de sus montes costeros, una guitarra decidida derramándose en chamarrita arisca como la esencia misma de sus alzadas, a sentirse tocados en sus noches por los máximos ecos que llegan desde las islas o del corazón de sus pajonales y a gozar, por fin, de la serena gracia de sus verdes en el mosaico promisorio de sus campos ondulados". Y su sugerencia termina expresando: "ven a conocerla, hermano argentino y de América. Bien sé que mi predio no podrá ser mejor que el tuyo porque no hay tierra negada para un bien nacido. Ven a compartirla en amor y amistad..."

Siento verdadera admiración por Linares Cardoso y siempre que paso por Paraná llego a darle un abrazo de cariño y respeto. Es un gran estudioso de todas las aves que pueblan la zona litoral y escribió innumerables canciones que aluden a vida y costumbres de los pájaros. De allí sobre todo mi especial cita en estas páginas.

La guitarra es su inseparable compañera, y como buen entrerriano no se hace rogar para pulsarla con el desbordante sentimiento de siempre. Una de las últimas veces que visité su acogedora casa ubicada a orillas del soberbio Paraná, conversamos largo y tendido sobre pájaros y sin temprar siquiera el instrumento fue desgranando música y poesía en sus temas "Coplas para el case-rito" y en la chacarera "Como los pájaros".

No tengo gran memoria para acordarme letras de canciones pero no olvido algunos versos tan sencillos como significativos que escuché de su boca:

"Soy como la calandria que florece en su decir, antes que verse apresada prefiere morir..."

O aquella sobre el gallito del agua al que alude melodiosamente:

"El gallito del agua ¡ay qué lindo se ve! el gallito del agua y la flor de Irupé..."

En uno de mis viajes por Entre Ríos, que hice con mi padre, luego de despedirnos de don Linares, seguimos rumbo al Palacio San José o Palacio de Urquiza, situado cerca de Concepción del Uruguay. La residencia del gran caudillo, actualmente convertido en Museo, es una construcción con grandes patios, sombreados por viejos parrales.

Está adornada con jardines, conservándose el lago artificial por el que paseaban el General y su hija.

Recorrimos las habitaciones, en cada una de ellas tratando de ubicarnos mentalmente en los personajes de aquella agitada época. Todo estaba como entonces y únicamente faltaban los actores. Preferentemente nos detuvimos en el salón de "los espejos", llamado así porque ellos conforman el techo. Allí todavía está el piano que tocaba la hija de Urquiza para deleite de sus invitados.

Para el caudillo tuvimos un emocionado recuerdo al llegar a su sillón preferido, en el que se advierten las marcas de las balas que le dieron muerte.

Cuando salimos del palacio repasábamos brillantes páginas, incluso algunas difíciles y discutidas de nuestra rica historia.

Tomamos camino hacia un lugar famoso por sus bellezas: el palmar. Allí parece que la naturaleza, sólo por capricho, sólo para belleza, hizo brotar palmeras por doquier. El paisaje se nos exhibió verdaderamente maravilloso con la especial sugestión de los caminos interiores, arroyos de lechos pedregosos, y de los muchos animales que los transitan permanentemente.

Armamos nuestra carpa y allí dormimos, para salir muy temprano al día siguiente rumbo a Virasoro, en la provincia de Corrientes.

Esta localidad está ubicada cerca del límite de Misiones. Es llamada "capital nacional del cebú". El viaje hasta llegar no fue muy agradable, dado que una permanente llovizna nos molestó, impidiéndonos disfrutar del ondulado paisaje y sus colores, siempre con el dominante del rojo oscuro de su piso.

El camino, muy resbaladizo, me tendió una trampa. Como por tramos estaba pesado, debíamos subir las cuestas a cierta velocidad, y mantenerla en las bajadas. Una de éstas aparecía con tierra asentada, pero lo cierto es que en ella el coche se deslizó, poniéndose de costado. Me fue imposible controlarlo y luego de una caprichosa media-vuelta siguió inclinado varios metros, adquiriendo cada vez mayor velocidad. No lo podía frenar por el peligro de un vuelco, el volante no me respondía y la bajada sin control era por demás rápida.

De mi padre sólo escuchaba murmullos que nunca supe si eran rezos o improperios. Todos mis esfuerzos iban destinados a encauzar, sin resultado, el vehículo, que al final fue a estrellarse contra la barranca, averiándose en la parte delantera. El golpe nos sacudió y todas las pertenencias cambiaron de lugar. Mi padre se quejó de un fuerte golpe, que mostraba después con un chichón en la cabeza. Jamás olvidaremos aquella peligrosa patinada. Pasado el susto seguimos camino hasta llegar al establecimiento "Las Marías" donde encontramos en Arturo Navajas Artaza, un hombre cordial, sencillo, ameno y un gran entusiasta de los pájaros. Minutos después recorrimos su establecimiento de industrialización de la yerba mate y el té. Su casa es realmente magnífica y su familia generosamente hospitalaria.

Nos costó partir dejando tan buena gente, con la que sostuvimos entretenidas charlas sobre temas de mutuo interés. Pero debíamos continuar hacia Paso de la Patria. Nos detuvimos en Itatí, majestuoso santuario de la Virgen morena, que es visitado por miles y miles de fieles todos los años. También en Santa Ana, cargada de historia, con construcciones de doscientos años, oponiendo la firmeza de sus bases al tiempo. Allí encontramos el famoso trencito, mitad verdad, mitad juguete, que hace muchos años realizaba el trayecto hasta Corrientes. Es locura de los chicos y atracción para los grandes.

Por fin llegamos al "paraíso del Dorado" y en las primeras horas de la mañana filmamos la partida de las lanchas, que iban en busca del "tigre de los ríos". Eran los participantes de uno de los concursos anuales que componen la fiesta de Dorado, que congrega tanta gente y tanto entusiasmo.

Estuvimos junto a Mario Alberto Roteta, un hombre dinámico, destacado periodista de la televisión correntina. Nos atendió solícitamente, haciéndose tiempo para nosotros y para todos, siempre dispuesto a solucionar problemas. Así por ejemplo, nos llevó en lancha a recorrer distintos lugares y pudimos observar algunas de las clásicas

cas luchas que se entablan entre el poderoso animal, pugnando por no ser sacado de su ambiente y el tozudo "deportista" animado por la intención de convertirlo en pescado.

Al cabo de la jornada de pesca vi el espectáculo de muchos y grandes dorados que se remataron como fin de fiesta para destinar el dinero en provecho de establecimientos educacionales de la zona.

Creíamos que había sido una inigualable fiesta de pesca viendo su producto. Pero nuestros anfitriones nos comentaron que cada año se pesca menos y los ejemplares logrados no son tan grandes como antes.

Pensamos entonces que en el río ocurre lo mismo que en tierra firme. El hombre, cada vez con medios más perfectos y embarcaciones más veloces lo recorre y lo domina.

Y muchos llevan la depredación, el abuso, las ansias de ganar en forma desmedida, la infame comercialización en provecho propio de algo que pertenece a todos, como lo es la fauna ictícola.

Las grandes mallas cumplen en el agua, el mismo triste efecto que las armas de fuego o las trampas con aves y animales en general.

Y así la naturaleza ve resentida lamentablemente su riqueza por obra de los irresponsables, a los que algunos denuncian y persiguen. Pero la lucha de éstos se torna difícil por la pasividad de muchos, la ignorancia o el desinterés de otros. Y así la sociedad, lamentablemente, parece resignar sin oposición válida una batalla que deberíamos librar todos en favor del equilibrio biológico y de los derechos de futuras generaciones.

NIDO DIFÍCIL

Chorlos y chorlitos forman una familia numerosa y muchos tienen costumbres migratorias desde Norteamérica. Sólo algunos viven permanentemente en nuestro país, como por ejemplo el chorlito de collar, común en varias zonas y que recibe tal denominación por destacar sobre su blanco pecho un collar negro. Es pequeño, relativamente manso y su plumaje suele confundirlo con las arenas claras o las tierras salitrosas, sobre las que corre en forma rápida.

He visto muchos, pero a pesar de mi empeño nunca había podido encontrar sus nidos. Tenía conocimiento que lo hacían en depresiones del suelo, depositando tres huevos pardos con pintas oscuras y grises, siempre en playas o bancos arenosos. Por eso tenía la seguridad de ubicarlos en nuestra zona del río Paraná.

Organizamos una excursión al efecto con Oscar Zamar, joven deportista, músico y empresario; don Armando, compañero de aventuras de éste, y mi padre, que no falla nunca. Embarcamos en el puesto de Reconquista pensando ya tener mayor éxito que la vez anterior, en que anduve todo un día sin que los buscados nidos aparecieran.

Osear dejó de lado sus muchas actividades, pero lo hizo

con gusto, un poco para colaborar conmigo y mucho porque este tipo de investigación lo apasiona.

La lancha que nos llevaba transitó rápidamente los riachos marginados por exuberante vegetación, que a veces parecía tomar agua directamente de los arroyos, posando en ellos sus ramas. Pasó el tiempo en verificaciones infructuosas, y al efecto de preparar el almuerzo, paramos en la isla San Jerónimo, bajando implementos, carne y parrilla.

Don Armando preparó su caña de pescar "como para despuntar el vicio". Le conocíamos sus debilidades y esperamos atentos su conversación que como siempre, significó recuerdos de su azarosa vida. El fondo de todo lo que decía era verdad, pero siempre le agregaba algunas exageraciones e inventos, a medida que la audiencia se las festejaba. Creo que los cuentos de Armando alegraban hasta a los pájaros, que parecían convocarse en el lugar para animarlo. En el concierto, se destacaba el melodioso canto del zorzal colorado y también el del boyero de pico blanco.

Mientras almorzábamos deshacíamos pedazos de pan en migajas para arrojarlos a pocos pasos nuestros. Y hasta allí llegaban Juan chiviros y cardenillas a comer, sin temer a nuestra presencia. Tuvimos así magnífico escenario puesto por la naturaleza con sus propios artistas, los pájaros.

Surgió la conversación de la superabundancia de animales que hasta hacía no mucho tiempo poblaban la zona, entre ellos, monos, carpinchos y yacareses que ahora habían desaparecido. Comentábamos que hasta los peces son cada vez más chicos, porque a la constante persecución del hombre se agregaba la de sus enemigos naturales, entre ellos las palometas. Respecto de éstas, recordábamos que se debe atender muy bien el anzuelo por la posibilidad de que prendido un buen ejemplar, por la demora en sacarlo aparezcan solamente la cabeza y el espinazo. Claro está, ahora las palometas andan a sus anchas pues ha desaparecido su ancestral enemigo: el yacaré.

Reiniciando luego la marcha, flanqueados por los saucillos que pintaban las costas de verde claro. El tiempo pasó rápidamente y llegada la media tarde, comenzábamos a sentirnos decepcionados por la falta de éxito, cuando sobre una de las tantas islas por cuya orilla pasábamos, vimos sobrevolar una gran cantidad de gaviotines chicos. Segundos más y ya estábamos recorriendo el lugar, observando que muchos volaban y otros permanecían asentados; entre éstos vimos dos parejas de chorlitos de collar que volaban y volvían al suelo haciendo oír entrecortados gritos.

Me acerqué a ellos, solo, pues mis compañeros habían retornado a la lancha y estaban en sostenida conversación, y recorrí palmo a palmo el gran banco de arena. Sólo tras una hora de ir hacia adelante y volver sobre mis pasos, siempre mirando fijamente el suelo, di con el nido de chorlitos. Lo constituía efectivamente, una depresión del suelo arenoso que contenía los tres huevos, por mí ya conocidos.

Fue el premio a la paciencia que debe ser característica de todo ornitólogo. Hice mi estudio, tomé fotos —aunque el sol estaba bajando— y emprendí el regreso a la lancha. Por mi rostro, mis compañeros conocieron mi éxito de inmediato.

ALEGRES AMIGOS

Entre mis amigos, cuento dos a los que puedo llamar "grandes", con toda propiedad. En primer lugar, por el sentido que tienen de la palabra amistad y en segundo término, porque ambos son altos y corpulentos. Uno es "Pan-chi" Hominal y el otro "El Nene" Saugy.

Son cazadores y pescadores, y no les puedo cambiar esos gustos, como es mi confesada intención. Últimamente se han inclinado más por la pesca que por la caza y esa inclinación en algo me conforma, pero hasta cierto punto, porque muchas veces matar peces es lo mismo que matar otros animales.

Los dos tienen lancha y numerosas fueron las veces que recurrí a ellos para llegar con comodidad a las islas.

Enterados de la existencia de una colonia de nidificación de gaviotines chicos, del gaviotín común y de los rayadores en los grandes bancos de arena del Paraná, hacia ella dirigimos la veloz embarcación de Panchi.

Partimos muy temprano desde las costas del Río Leyes.

Como siempre salieron y llegaron a las carcajadas. Entre ellos se hacen bromas de todo tipo y si alguien los acompaña, son capaces de hacerle creer las cosas más disparatadas. Cuando ese alguien soy yo esmeran la puntería y hablan tan en serio que hasta me hacen dudar, pese a conocerlos "casi de memoria".

Buscan todas las oportunidades propicias para inventar bromas, aunque sean de "humor negro". Conocido como es que soy un acérrimo defensor de la vida de los animales, de buenas a primeras me decían: "¡Mira Martín qué lindo pájaro para comer en escabeche!" y hasta tomaban sus escopetas cuando pasaba una golondrina en rasante vuelo como si fueran a tirarle.

Más de una vez, cuando amagaban apuntar, reflexionaban en voz alta sobre que "ese bicho no servía para nada" y hasta que el ave no escapaba al radio de tiro me tenían con el corazón en la boca. También aquel día comentaban que la semana anterior habían cazado más de cien pajaritos que volaban en bandadas con dos tiros de escopetas y se los habían comido en guiso. Mentiras, por supuesto, para causarme la indignación que alguna vez mostré.

Entre cuentos y risas llegamos al banco indicado. Desembarcamos con "El Nene" para recorrerlo, viendo muy pocas aves, lo que me hizo dudar de la veracidad de las informaciones. Llegamos a la punta del islote y al advertir la presencia de un pescador preguntamos si conocía la existencia de unas aves que allí nidificaban. La respuesta superó las invenciones de mis amigos y me amargó por varios días: "sí, aquí hicieron nido. Entre varios juntamos todos los huevos y los comimos...". Me dio tal indignación que no me salían las palabras. Traté de pensar que sólo la ignorancia había hecho cometer la condenable acción, de modo que tragué saliva, logré serenarme y le expliqué por qué nunca más debían hacer lo que hicieron. No encontré más a ese hombre; ojalá haya comprendido mi consejo.

Otra vez en la lancha, Panchi y el Nene, no podían dejar de lado la oportunidad de practicar su "humor negro" y decían: ¡No encontrar nosotros una nidada similar... qué fritada nos hubiéramos hecho! Total para lo que sirven esos huevos...

Conocíamos la zona en que andábamos, y decidimos ubicar una isla donde se habían encontrado —según otros datos— colonias de garzas blancas, biguaes y brujas. Mientras la buscábamos, no podía concentrarme en la belleza que desfilaba frente a mis ojos en las dos márgenes del río, pues seguía indignado por el daño que ocasionaran la ignorancia de aquellos depredadores, al privar el nacimiento de cientos de gaviotines, aves que cada vez son más escasas.

Navegamos durante casi una hora hasta llegar a la colonia de biguaes negros. No había imaginado el espectáculo que se abrió ante nuestros ojos. Era imponente, ya que miles de aves volaban hacia todos lados. ¡Aquí hacen falta mil semáforos para que no se choquen!, acotó Panchi.

En un primer momento no atiné ni siquiera a sacar fotos, tal era mi asombro. Pero, volví a la realidad y con el Nene bajamos con el equipo y el agua a la cintura. Se trataba de un "Alisal", o sea de una profusa reunión de Alisos, planta común en esos parajes. En cada árbol había nidos, todos con cuatro o cinco huevos. Calculamos la existencia de 2.000 nidos. Era realmente para el asombro. Atronaba el grito de las aves y, maravillaban los pichones urgiendo comida. Tal era nuestro entusiasmo que una gran curiyú (culebra del agua) sólo nos sorprendió después de haber pasado a nuestro lado.

En el centro del biguazal notamos la presencia de muchos pichones de otro color. Eran casi blancos, contrastando con los comunes que son renegridos. Al ver un grupo de adultos, los identifiqué como biguá víbora (mbi-guá mboy, en guaraní). Se llaman así por presentar pico y cuello muy largos, semejándose a ese reptil.

Regresamos a la lancha buscando descanso y comunicándonos nuestro asombro. Poco duró la seriedad del Nene que comenzó a contar haber visto otras aves fabulosas, dragones que lanzaban fuego y que tenían cuerpo de pájaro... Pero Panchi no se quedó atrás relatando andanzas de pesca. Por ejemplo aquella en que vio peces raros, muy grandes, que habían intentado tumbarle la lancha, ante su osadía de pretender pescarlos...

LOS GANSOS BLANCOS

EXTRAÑO ESCOZOR

Resulta muy interesante estudiar todas las manifestaciones de la naturaleza. Pero ya hemos dicho que hacerlo con competencia supone muchos sacrificios, tanto físicos como económicos. Los primeros se originan en largas caminatas por medios hostiles, y en general por las dificultades que deben superarse para descubrir cosas en los mismos ambientes donde se desenvuelve la vida de los distintos animales.

Está muy claro. Un pájaro tiene alas y poco le cuesta anidar en lo más frondoso de una selva, en lo más intrincado de un monte, en el centro de una laguna. Es decir, en lugares que al hombre, por más que disponga de medios y derroche voluntad, muchas veces, -le resulta imposible llegar.

Pero la naturaleza es sabia y si los problemas para la investigación ornitológica son tantos, como contrapartida las dificultades aseguran la conservación de la fauna que en aquellos ambientes puede reproducirse con tranquilidad. Es que fundamentalmente, no llega a ellos la acción del máximo enemigo, el ser humano y su nunca saciada ambición de destruir o usufructuar en beneficio propio lo que es de todos.

En cuanto a los sacrificios económicos a que aludiera, para qué hablar de los costos de las investigaciones. Ellos se han ido a las nubes, al elevarse los gastos de traslado, material fotográfico y de filmación.

Era mi intención encontrar los lugares de nidificación de los gansos blancos, y tuve datos de que lo hacían en una zona de lagunas de Campo Andino. Fui con Carlos Bengoechea, pero no elegimos un buen momento. Los días anteriores habían sido de lluvias y el lugar estaba bastante crecido.

Pese a todo nos metimos hasta la parte profunda, mientras el agua iba subiendo por nuestras piernas, llegando a poco hasta la cintura. La laguna era bastante limpia y en los pocos manchones de juncos descubrimos nidos de gallaretas de escudete rojo y de pico rojo, moviéndose con pichoncitos recién nacidos. También pudimos observar a un tordo de ala amarilla que llegaba a su nido para empollar tres huevos, según luego verificamos.

Carlos fue el primero en divisar los gansos. Eran cinco que nadaban displicentemente, como si ignoraran nuestra presencia.

Tratamos de acercarnos ocultándonos como podíamos y tratando de hacer mínimo el inevitable ruido que al avanzar hacíamos en el agua.

Parecíamos dos detectives de película fuera de ambiente, aprovechando las más pequeñas matitas de juncos. Teníamos que movernos agachados y con suma precaución para no mojar nuestros elementos de trabajo. Llevábamos una media hora de marcha, nuestras cinturas acusaban el esfuerzo y apenas habíamos recorrido unos 50 metros. Pocos más y los tendríamos lo suficientemente cerca como para filmarlos.

Pero lamentablemente, una gallareta nos vio y su bullicioso despegue significó un alerta para los gansos. Estos alzaron sus cabezas y emprendieron la huida, ayudándose con el impulso de sus patas —verdaderas "paletas propulsoras" sobre el agua tranquila— para levantarse y volar.

Era penoso no- poder registrar las escenas en nuestra máquina filmadora.

Encontramos rápido consuelo observando un mirasol chico junto a su nido de juncos, en cuya concavidad había tres huevos de color verde amarillento. Seguimos atentamente la recorrida, pero lamentablemente no aparecieron los buscados lugares de nidificación de los gansos.

Ya estábamos cansados de tanto caminar por el agua transparente. Era interesante hacerlo en las partes de piso más duro, viendo las plantas sumergidas y también pequeños pececitos, seguramente alimento de algunas aves. Pero ocurría que en otros lugares el suelo era fangoso y los restos de juncos sumergidos nos hacían tambalear poniendo en peligro nuestros equipos.

En determinado momento las piernas me empezaron a picar. Era imposible rascarme así buscaba alivio apoyando, apretando con fuerza una extremidad sobre la otra. Carlos gritó que a él le ocurría igual. El escozor iba en aumento y nuestra salida se convirtió en verdadera retirada.

Ya afuera enfilamos hacia un estanque de agua que era bebedero de animales y allí nos lavamos las piernas. No veíamos manchas ni picaduras y así pensamos que pronto pasaría el escozor. Pero ocurrió lo contrario y minutos después ni las dos manos nos alcanzaban para rascarnos hasta la desesperación.

Cerca estaba la casa del dueño del campo y a ella nos arrimamos. Dimos con alguien al que contamos lo ocurrido y que nos dio un frasco de alcohol, con el que nos hicimos unas friegas que apenas nos aliviaron en parte el sufrimiento.

La tremenda picazón continuaba y víctima de ella en conjeturas, emprendimos el regreso al hogar. Dejé a Carlos en su casa de Cayastacito y continué camino a Esperanza.

Ya en mi domicilio pude ver que aparecían paulatinamente unos pequeños puntitos que se fueron convirtiendo en granos que picaban sin dar tregua.

El médico, a primera hora del día siguiente, me diagnosticó: "reacción alérgica producida por algún yuyo cuya naturaleza no era clara". También me dijo que esa reacción podría originarla algún alga o microorganismo.

Lo cierto es que ambas piernas quedaron cubiertas por oscuros puntitos que recién comenzaron a desaparecer a la semana y por la acción de los medicamentos. Paulatinamente fue disminuyendo el malestar hasta cesar completamente.

El recuerdo o experiencia quedó. No volví a entrar en aquellos lugares y creo que tampoco lo haré, a no ser con un completo equipo de buceo submarino... o con la seguridad que encontraré los famosos nidos de los gansos.

AVES EN MI CIUDAD Y EN MI CASA

Esperanza es una ciudad hermosa y con espíritu de progreso, que conserva —como no puede ser de otra manera— vestigios de cosas y costumbres de vida, propias de todas las viejas poblaciones del interior del país. El progreso se llevó muchas arboledas del centro y de los barrios, pero felizmente otras se mantienen para ambiente de especies aladas que a todos nos alegran con sus cantos y vuelos.

La plaza principal presenta características muy particulares. Es lugar de añejas tradiciones, donde se escucha la banda de música y los enamorados tejen ilusiones. También allí se reúnen los amigos, juegan los chicos, buscan los lugares soleados los jubilados. La vieja fuente luce y muchísimas plantas oxigenan el aire, entre ellas palmeras, eucaliptos, robles, pinos, rosales. Todo presentando distintos tonos de verde, matizado por flores variadas.

Para el observador casual, la plaza quizás tenga iguales características que muchas otras; para mí y los esperancinos en general, es la más linda por sus plantas, por sus pájaros, y porque siempre está desbordando de gente buena.

En todas las plazas revolotean el gorrión y la paloma casera, pero en la nuestra he visto y sigo viendo a la palomita común, al casero, a los benteveos, a los pirinchos, a los cachilos e incluso más de una vez, a la canora calandria. Todos se sienten a gusto viviendo en la cercanía de las personas sin ser molestadas y parecen multiplicar intentos de alegrar a todos.

Esas aves encuentran también ambiente y escenario en mi casa paterna. Es que mi progenitor, por ser gran amante de las plantas, ha emplazado un jardín botánico en miniatura donde se encuentran las especies más comunes y otras exóticas como el raro y fragante alcanforero. Tiene más de cincuenta especies de árboles que adornan con sombra, colores y aromas el ambiente y que sirven de posadero a muchos pájaros; en su tranquilidad, éstos encuentran ambiente propio, incluso para nidificar. Varias especies, por generaciones, sacan allí cría, haciendo del sitio un hogar permanente.

A diario contemplo a esos pájaros y escucho sus melodiosos trinos, mientras me afirmo, cada vez más, en la evidencia de que son más bellos y mejores músicos en libertad. Para tenerlos cerca no es necesario utilizar trampas ni jaulas. Es suficiente plantar árboles y recibirlos con alegría. Ellos nos brindarán entonces la suya, cumpliendo la misión que Dios les diera.

EL BATITU

Han sido muchos los estudios que sobre aves hice en la estancia de Horacio Lazzarini. Es que en los dominios de mi amigo, un gran conservacionista, los pájaros no son molestados, dándose así las condiciones naturales para que los haya en abundancia. Un arroyo, rodeado de extensos juncuales, cruza la parte posterior del campo, creando allí un verdadero paraíso alado.

Horacio fue siempre un generoso y excelente colaborador. Muchas veces dispuso de su tiempo para acompañarme en la búsqueda y observación de las aves. Incluso, cuando por una razón u otra yo no podía realizar un determinado estudio, le proporcionaba los datos en la seguridad de que a los pocos días recibía las noticias que necesitaba. Además me ayudó con entusiasmo en dar efectos sonoros a varias películas" y su esposa Marilyn fue eficiente colaboradora en la preparación de los textos.

Pese a conocer los esteros de su campo "como la palma de mis manos", resolví efectuar por ellos otra recorrida. Además de Horacio, me acompañó Orlando Vera Cruz, magnífico cantor y compositor folklorista, cultor sobre todo de temas costeros. Hombre que es también excelente jinete, y siempre está dispuesto para cualquier excursión al aire libre.

Salimos los tres a caballo, para recorrer las inmediaciones del arroyo. Podía decir que para mí esa excursión resultaba visita de rutina, a la que no le asignaba importancia como fuente de investigaciones, ya que las aves de la zona me eran familiares. Pero en los estudios de la naturaleza en cualquier momento puede aparecer algo nuevo, como sucedió precisamente ese día.

En las orillas de los charcos encontramos muchísimos chorlitos manchados y chorlitos menores de patas amarillas. Cabe destacar que los chorlos son muy parecidos entre sí y hay que estudiarlos bien, observando hasta los mínimos detalles, para saber cuál vemos. Frente a nosotros, centenares de aves buscaban sus alimentos, teniendo todas el común denominador de chicos. Sin embargo y en un segundo plano se destacaba uno distinto, de mayores dimensiones, que nunca había visto.

Me aproximé despacio, comparé mentalmente colores y rasgos característicos para establecer su verdadera identidad y pude determinar que se trataba del chorlo grande o batitú, que migra por la costa del mar desde Norteamérica y cuya presencia es accidental en los parajes santafesinos. En diez años de estudios, por primera vez lo veía aquí.

Monté nuevamente y reunido con mis compañeros reanudamos el camino en fila india, y luego de un rato de marcha llegamos al juncal del arroyo, a la sazón muy crecido. Nuestras cabalgaduras se movían con lentitud, deseando volver grupas y retornar al campo de la estancia.

Ese preciso lugar era para mí, como he dicho, un verdadero paraíso. Muchas aves nidificaban y así vimos a la gallareta de escudete amarillo y a la polla de agua grande; entre los pájaros, al junquero, que construye un nido semejante a una pelota, al multicolor siete colores de laguna y a los bullangueros varilleros. También ponían su presencia caraos y caracoleros.

Estoy acostumbrado a concentrarme en observaciones y por una razón de oficio debe aprenderse a ver aves y nidos, atendiendo a detalles y a movimientos. Es que los colores prácticamente no cuentan en algunas especies, dotadas por la naturaleza de cualidades miméticas, que importan eficaces medios de defensa. Ese mimetismo se da de muchas maneras: la perdiz o inambú, por ejemplo, se esconde en los yuyos, confundiéndose con ellos su plumaje del mismo tono; los mirasoles levantan sus largos cuellos paralelamente a los juncos o totoras; así todos pasan desapercibidos.

Un nido, casi en lo claro del juncal, me llamó la atención; tenía tres huevos, cuyo tamaño y color me hicieron acordar otros vistos en la estancia "Los Molles" hacía casi veinte años, y cuyo origen no había podido determinar entonces. Me sentí contento ante la oportunidad que se me presentaba para conocer sus dueños.

Mis compañeros se llevaron mi caballo y quedé escondido esperando que llegaran los propietarios del nido. Lo hice en la oposición de mis acompañantes, que me hablaron de la profundidad del agua y de las dificultades que encontraría en el momento de salir, ya -anocheciendo. Pero yo no podía perder la oportunidad de aclarar mis dudas, y así quedé solo, con el agua casi al cuello, bien cubierto con los juncos.

Corrieron los minutos y comenzaron las incomodidades y preocupaciones. Las gallaretas y los patos son aves que dejando el nido, suelen muchas veces demorar en volver. Rogué fervientemente que tal cosa no ocurriera ahora. Me costaba estar quieto en la posición en que me encontraba y no tardaría en llegar la clásica invasión de mosquitos, propia de los atardeceres del verano. Temía que las circunstancias me obligaran a desistir de mis propósitos y en consecuencia, a continuar en mis dudas.

Pasó casi otra hora y los pies se me entumecían. Oí el grito de una gallineta, pero no podía verla y así seguí inmóvil temiendo que el menor movimiento pudiera hacer volar al ave nuevamente. Creo que por momentos contenía la respiración.

Tomé los prismáticos que tenía atados junto a la nuca y los enfoqué en dirección al nido. Comenzaron a moverse los juncos que lo rodeaban y como el actor de fama, entró al escenario la esperada dueña: la gallinetita de escudete verde, que se encaramó al nido para continuar en la incubación de sus huevos.

Sentí una gran satisfacción. El sacrificio había sido compensado y gozaba la alegría de aclarar una duda o misterio de cuando tenía dieciocho años.

Salí del lugar con precauciones, devolviéndoles la tranquilidad a Horacio y Orlando que me esperaban en la costa firme. Era casi oscuro, pero mi cara satisfecha les reveló antes que mis palabras el éxito de mi empresa.

UN TRAVIESO BENTEVEO

Como he dicho, mi padre fue maestro por vocación y devoción y su ministerio lo llevó a ejercer en las escuelas rurales, donde la tarea del educador es más sacrificada pues debe ejercitarse no sólo en el enseñar, sino también en apoyo integral de los pequeños.

En una escuela de la localidad de Marcelino Escalada, ubicada al norte de San Justo, los alumnos estaban un día en clase de manualidades y cada uno tenía una tarea asignada. Se acercaba la fecha patria y había que preparar escarapelas para todos. Llegó el recreo y el encargado de proveer la cinta salió con ella al patio y para evitar que en juegos se arrugara, la colocó en un alambre que allí estaba, estirado entre dos árboles.

La intensidad de las diversiones hizo que el pequeño se olvidara del detalle y al regresar a clase encontré con que le faltaba el material.

Empezó la infructuosa búsqueda y se sucedieron las acusaciones. Que uno la había escondido, que el otro la había guardado, hasta que el olvidadizo recordó haberla colgado afuera, yendo a buscarla. Regresó sorprendido porque no estaba y hasta vertió lágrimas, por creerse destinatario de una mala broma.

Todo el grupo salió y la búsqueda se hizo minuciosa y organizada; hasta se pensó que el viento la había volado pero nadie tuvo éxito. En momento determinado, uno de los niños miró hacia el árbol en el que se posaba un bente-veo que parecía convocarlos con potentes gritos.

Entonces se develó el misterio, porque del nido del travieso pájaro colgaba la buscada cinta azul y blanca.

La preocupación anterior convirtióse en alegre expectativa. Daba la impresión que el benteveo era consciente de su travesura y sintiéndose dueño de la atención general, se reía. Aleteaba continuamente y de su pico salía una y otra vez el clásico "bicho feo... bicho feo..."

Lo ocurrido no era mera casualidad, pues cabe recordar que muchas aves, entre ellas el personaje de este relato, emplean en la hechura de su nido distintos elementos y entre ellos muy bien pudo contarse la tela, que en este caso el constructor tenía muy a mano.

Para eso, seguramente, el benteveo había robado la cinta azul y blanca. Aunque más poético resultaría dar razón a quien conjeturó que el pájaro estaba con pichones y que en la proximidad del 25 de Mayo, quería mostrarles la bandera de la Patria.

UN HÁBIL TREPADOR

Muchas veces nos formamos una primera opinión sobre determinada persona, que según prueban posteriores experiencias, resultaba injusta o inexacta.

Por otra parte, son necesarias ciertas condiciones para realizar estudios ornitológicos, pues hay que tener conocimientos y también aptitud física. Para observar un nido o conocer a fondo las costumbres de un ave determinada, es preciso a veces andar mucho, trepar árboles y aguantar climas extremos, además de mosquitos, jejenes y otros insectos que tantas veces sacan de casillas al más entusiasta.

Ambas afirmaciones, aparentemente extrañas entre sí, se ligan al contar algo sobre Raúl Coraglia, un joven bioquímico al que conocí hace tiempo. Yo lo encasillaba como típico hombre de ciudad, aún conociéndole alguna inclinación por el campo, que no obedecía por sus múltiples ocupaciones.

Salimos con él un día para recorrer los alrededores del Saladillo. Raúl no perseguía un fin determinado, pero yo sí, en cuanto quería encontrar un nido de la golondrina parda. Por lo que sabía esta especie ocupaba los que abandonaban los horneros, para arreglarlos interiormente con pajitas y plumas.

Tomamos la ruta desde Cayastacito a Cayastá, transitando por ella a poca velocidad, porque ningún horario nos tiranizaba y a los dos nos atraía el panorama, abundante en esteros, rico en fauna y flora.

Fue numerosa la cantidad de aves que vimos en aquella recorrida: garzas grandes y chicas, gallaretas, rayadores, gaviotines, teros reales, chorlos, patos, gallitos del agua, bandurrias y muchas más. Ocurría que el alimento abundaba y como el hombre parecía molestar poco, todas se movían a sus anchas.

Noté que Raúl disfrutaba, en color y sonido ese espectáculo, y al notar su interés comencé a mencionarle características y costumbres de los animales que veíamos. Algunos eran conocidos para él y otros no, pero en todos los casos escuchó con gran atención.

Dejando atrás una zona de extensos pajonales, pasamos a otra de grandes algarrobos. Elegimos uno que proporcionaba excelente sombra y allí aprontamos carne, fuego y parrilla.

Desparramadas ya las primeras brasas, seguimos atentos al paisaje, viendo a las golondrinas entrecruzarse permanentemente en todas direcciones. Se trataba de las pardas y nos sentimos seguros de que encontraríamos el nido que buscábamos.

Entonados por la carne sabrosa y el refrescante vino, empezamos a buscar los nidos de horneros, atendiendo especialmente a la posibilidad de que alguna golondrina saliera o entrara en uno de ellos.

Nos pareció ver la escena esperada en una casita ubicada en un árbol altísimo, sólidamente asentada sobre una horqueta que como base ofrecía todas las seguridades posibles.

El árbol se proyectaba muchos metros y parecía difícil la tarea de escalarle por la disposición de sus ramas. Reconocí que no podía hacerlo, pero Raúl se mostró dispuesto y decidido. Creí que se trataba de una broma, porque no lo imaginé capaz de intentarlo.

Pero empezó a escalar y vi con sorpresa cómo aprovechaba al máximo sus largas piernas y su poco peso para impulsarse con velocidad hacia el objetivo buscado. Realmente un felino no lo hubiera hecho mejor, de manera que yo, desde abajo, lo animé con tal afirmación.

Llegó a la copa y desde arriba me hizo una señal negativa. Se trataba de un viejo nido, herido por el tiempo, que no había atraído los hábitos de nuestra golondrina. Mientras yo lamentaba el fracaso, el hombre que catalogaba como espécimen puro de ciudad se deslizó en bajada con tanta seguridad y rapidez como en la subida, recibiendo mis elogios al llegar al suelo.

Pero resultaba, como me explicó después, que ese hombre de ciudad se había criado en el campo, y que trepar a los árboles era lo que más le gustaba y lo que hacía mejor.

Desde entonces, califico a Raúl como un sorprendente y hábil trepador de árboles.

OTRA VEZ LOS PAISAJES DEL SUR

Con mi nombrado amigo Horacio de circunstancial acompañante, fui recientemente —y otra vez— al sur del país en viaje de estudio e investigaciones y también de placer, como todos los que nos ponen en contacto con la naturaleza.

Antes de llegar a Esquel, en la provincia de Chubut, nos encontramos con una inmensa laguna a pocos metros del camino. Al arribarnos a su orilla nos extasiamos con un espectáculo inesperado: en la tranquilidad de las aguas casi cristalinas, comían y nadaban cientos de aves.

Tan pronto salí del asombro, cargué mis petates y arrastrándome escudado en la escasa vegetación, me aproximé cuanto pude al agua. Cuando el panorama se abrió delante mío apronté la fumadora y prismáticos, emocionándome ante la variedad de aves que contemplaba; ellos siguieron tranquilos por no advertir mi presencia. Vi patos y gallaretas de distintas formas y colores, pero me llamaron mucho la atención los macáes plateados del Sur y las numerosas parejas de cisnes de cuello negro llevando de paseo, orgullosamente, a sus pichones.

Si causé algún ruido, si hice algún movimiento brusco o apreciable, no me di cuenta. Pero lo cierto es que un ave dio el alerta, otras comenzaron a volar y en pocos segundos el traslado a otros sectores de la laguna se hizo masivo. Fue el vistazo final, el último acto del espectáculo que contemplaba.

No era la primera vez que presenciaba una huida como la comentada. Aunque parezca mentira, las aves tienen centinelas que advierten los peligros y alertan a los demás. Seguimos viaje hasta acampar en una orilla del Lago Futalaufquen. Después embarcamos en Puerto Limonao y recorrimos el lago enmarcado por gigantescos cipreses, araucarias y coihues. Agrandamos los ojos ante el panorama mientras navegábamos por las aguas del río Arrayanes hasta llegar a la laguna Verde.

Desembarcamos para almorzar, pero nuestro espíritu inquieto nos llevó a una recorrida previa por las inmediaciones. En la misma costa, cerca de una mata de aljabas, con hermosas flores, un piloto rayado o remolinero juntaba algas para llevarlas a su nido en construcción.

Abarcábamos ansiosamente con la vista todo lo que podíamos, y en medio del lago vimos iniciar vuelo a dos patos vapores voladores, aves de gran tamaño que se fueron haciendo chicas al cobrar distancia.

Reanudamos viaje en las lanchas en su itinerario por el lago Menéndez y nos aproximamos al Glaciar Torrecillas. El hermoso paisaje se tornó grisáceo cuando el sol se ocultó entre las nubes, y al rato el cielo adquirió tonos plomizos amenazando mal tiempo. Minutos después caía una llovizna acompañada de fuerte viento, y olas altas y encrespadas comenzaron a sacudir violentamente la embarcación. Pero nadie se inquietó en demasía por resultar evidentes la seguridad de ésta y la pericia del conductor. En definitiva, la travesía se realizó sin inconvenientes mayores.

Llegamos por fin al lugar de los alerces milenarios, árboles de hasta 57 metros de altura y de 2.500 años de edad que con su imponente presencia, se muestran como majestuosos centinelas de la soledad.

En camino de regreso, la molesta llovizna continuaba. Un grupo de cauquenes comunes la desafiaba en vuelos rasantes que nosotros tomábamos como despedida. Los árboles se empequeñecían y el frío silencio montañoso se adueñaba del ambiente.

Al día siguiente, más temprano, visitamos Trevelín, localidad situada al sur de Esquel, en la proximidad de una gran laguna, enmarcada por juncos y arbustos. En su margen accesible y al lado del camino prendimos fuego para calentarnos y asar carne. Ya empezaban las aves a ponerse en movimiento y así vimos grupos de ocho a diez patos overos y de cuatro a seis barcinos grandes.

Por curiosidad intenté entrar en la laguna, pero era tomar contacto con un témpano licuado. Demoré varios minutos en recobrar el calor, lográndolo después de agregar al fuego gran cantidad de leña. Recuerdo que un palo cayó sobre la endeble parrilla y el asado se fue al suelo, acopiando toda la ceniza necesaria para cubrir su apetitoso aspecto exterior. Pero teníamos hambre, y el "asado a la ceniza" fue para ambos un bocado exquisito. Comprobamos entonces, una vez más, que tienen razón los que dicen que el sabor de la comida no depende tanto de sus condimentos, como del momento que vivimos.

DE NUEVO EL NORTE

EXTRAÑO HALCÓN • UN TREN CURIOSO

Transitábamos con Graciela y Martincito dos mundos distintos. Uno por el que se deslizaban las ruedas de mi automóvil, el mundo del suelo; el otro era el verde y musical que me rodeaba: el mundo del aire. Gozaba del segundo, tratando de ignorar el otro que con sus carteles me informaba que detrás de mí quedaba el Valle de Lerma y que me acercaba a la "tacita de plata" es decir al viejo Jujuy.

El panorama era de belleza excepcional y las aves le daban toques de gracia y distinción, revoloteando permanentemente sobre el follaje y poniendo colores en las sombras y trinos en el silencio.

De a ratos detenía al vehículo y encuna de esas paradas una melodía muy particular me llegó a los oídos partiendo de la maraña de hojas y ramas. Busqué insistentemente al cantor. Era un ave de color ocráceo en el vientre, azul en el dorso y de cara negra. Lo identifiqué como una viuva, pájaro que se alimenta de frutas.

Continué con frecuentes detenciones, que me sirvieron para identificar varias especies hasta que el lugar y la hora aconsejaron la conveniencia de almorzar.

Estacionamos a ese efecto el coche y caminamos un rato para activar la circulación, comprobando como siempre, que en el mundo de la naturaleza y prestando atención siempre se ven cosas lindas e instructivas.

Una nube de insectos pasó ante nosotros, perseguidos velozmente por varios pájaros insectívoros. Entre el grupo volaba un regalo para la vista y los oídos: el rey del bosque.

Volvíamos al automóvil con pasos que el hambre aligeraba, para encontrarnos entre el griterío que producían los loros de cara roja, hermosos ejemplares de cuerpo verde que se habían aposentado casi sobre nuestro campamento, ya que en el hueco de un tronco cercano tenían su nido. Comimos frugalmente y seguimos hacia Pocitos, pasando por Tartagal. Advertimos que la pujanza de sus hombres va cambiando la fisonomía de este antiguo pueblo, rodeado de plantas de tártago.

Durante todo el camino desde San Ramón de la Nueva Orán, observamos el robo del progreso a la naturaleza. Los tupidos bananeros, las proliferas plantaciones de legumbres y las lozanas cañas de azúcar, crecían por doquier donde otrora la selva regalaba su virginidad al visitante que quisiera enamorarse de ella.

El desmonte en sí no sería tan dañoso, pero lo es por la forma como se lo lleva a cabo, incluso con fuegos que abrasan todo el mundo vegetal y animal.

Comprobamos allí que enormes troncos, patriarcas de los montes, sólo quedaban en raíces calcinadas que a causa de la ceniza semejaban barbas. El panorama parecía también guardar los ecos del golpe de las hachas y del avance de las topadoras.

Viendo los troncos quemados cualquiera puede imaginar el desesperado éxodo de los animales y la horrible muerte que les llega en esos casos, acorralados, sintiendo como el humo y el fuego los persiguen y alcanzan para matarlos.

En esos casos, sólo por suerte algunos ejemplares pueden escapar, recibiendo como premio un verdadero exilio, en cuanto cambian su habitat y deben adaptarse a montes chicos, con pocos escondites de defensa contra sus enemigos y sobre todo contra el hombre, que a pesar de todo sigue persiguiéndolos para asesinarlos.

Ya casi sobre Aguas Blancas, llegando al Bermejo, un halcón parecía officiar de pararrayos sobre un árbol y sin poder evitar mi "ornitomanía", paré para mirarlo. Costaba identificarlo con exactitud, pero como el animal parecía meditar profundamente, pude anotar sus características con tranquilidad. Así apunté color, forma, largo de la cola y todo dato que me pareció oportuno, trasladando luego mis dudas en consultas a los libros que en el automóvil llevaba; no encontré allí, como no había encontrado en mi memoria, respuesta segura.

Entonces dejé solo al inmóvil centinela emplumado y reanudé la marcha.

Masticaba mi derrota identificatoria. Pero tenía presente que las rapaces cuando son jóvenes lucen otros colores y que hembras y machos suelen presentarlos muy distintos. Tales pensamientos me llevaban por el camino del conformismo.

Pasamos por Jujuy, Laguna de Yala y llegamos a la célebre Quebrada de Humahuaca. Variados, mezclados, los colores de la montaña armaban un verdadero escenario carnavalesco, donde la imaginación ponía música coya. En cada recodo, nuestra vista descubría un nuevo matiz, como en música salen los sonidos del charango. Grandes cardones, extrañamente fijos en las laderas, saludaban con los brazos en alto y sólo mirando dos veces se sabía que no eran pañuelos las espinas de sus dedos.

No existe, pensamos, la quebrada sin carnavalito. Crecieron juntos y por eso se hermanan el color de una y el sonido del otro.

Llegamos a la estación Volcán cuando el tren que iba a la Quiaca, en hora apropiada para el almuerzo, se detenía; asistimos entonces a un espectáculo que no vacilo en calificar de sorprendente. Los pasajeros descendían de los vagones como hormigas, para arremolinarse en derredor de vendedoras con largos y amplios vestidos, cuyos colores eran copia de los de la quebrada.

Se vendía y se compraba cualquier cosa comestible: frutas, tortas (lo que era natural), pero también, ¡sopas y guisos!

Humahuaca exhibió en su pequeñez de pueblo con casas cuadradas y calles angostas, su autenticidad. En ese sentido y felizmente, parece no haberla tocado el progreso.

Nos detuvimos para pernoctar pero muy de madrugada, antes que la luna desapareciera, continuamos hacia el altiplano. Mientras subíamos notábamos la falta de oxígeno y comenzamos a medir nuestros esfuerzos para no apunarnos.

Llegamos a Puesto del Marqués, un pueblo sin árboles, con rudimentarias casas de adobe, rodeadas de ovejas y llamas que dan la lana y sirven de alimento a sus pobladores.

Alimento y materia prima. Me preocupaba pensar si eso era toda la economía de esa gente, y me preguntaba: ¿Cómo pueden vivir así en esa simpleza? ¿Lo hacen por inercia, por costumbre, por un desconocimiento que

imponer la distancia? Pero también me interrogaba: ¿estamos seguros de que no son felices? Concluíamos con Graciela que era difícil asegurarlo.

Pero aún en esta desolación se ven alas y plumas, y varias especies se nos cruzaron en el camino de la puna: el carancho negro, la gaviota serrana, el tero andino y muchos inquietos pajaritos tan alegres como sus hermanos de las llanuras. No nos extraña: si a ese ambiente se pueden adaptar los hombres, también pueden hacerlo los animales y entre éstos, quizá con más facilidad, las aves.

Regresamos y al pasar por Salta me acordé de aquel centinela con plumas que no había identificado. Corrí entonces hasta la casa de don Gunnar Hoy, versado ornitólogo que ya he citado. Lo saludé con el afecto enorme que le tengo, pero no pude evitar la consulta rápida sobre el misterioso aguilucho. Vaga fue su respuesta: "En esas especies pueden existir hasta seis o siete fases distintas durante su desarrollo. ¡Vaya a saber en cuál de ellas estaba su enigmático personaje!".

Seguí entonces en un misterio que me he propuesto develar. Quizá si vuelvo el halcón todavía estará en su mansa quietud, en su silenciosa vigilancia, como en los viejos cuentos orientales.

REFLEXIONES ACTUALES

Mucho tiempo ha pasado desde aquel viaje a la estancia Los Molles, que podría llamar señero o determinante de mi vida y que en rigor, constituyó mi primera andanza como naturalista. Como la siguieron otras, al agrupar estos apuntes doy título a lo que sin él se inició.

Releo lo escrito y advierto, que por falta de un propósito rector o plan preconcebido, o de condiciones o experiencias de escritor, he mezclado peripecias con impresiones, alternando sin un orden o motivo especial anécdotas con pensamientos íntimos, que en muchos casos refieren a pequeñeces, casi sin valor como centro de interés para el lector.

Pero esas anécdotas e impresiones son reales y exactas, no variando lo vivido. Cambiarlas, suplementarias, embellecerlas o tratar de hacerlo, sería engañarme y engañar.

Advierto también que me he presentado o he aludido a familiares y amigos con juicios que pueden tomarse como enfáticos, sobre todo cuando se traen asuntos que tocan el orden natural, al más mentado que respetado "equilibrio de la naturaleza". O cuando, concretamente, se trata del incumplimiento de las normas "conservacionistas", como son llamadas ahora las que intentan proteger a todos los seres vivos contra la acción depredadora del más poderoso de todos: el hombre.

Es que esa acción depredadora no para y tiene múltiples causas y manifestaciones, aunque aparezca más brutal, más descabellada, cuando se trata del objeto del estudio que me apasiona: los pájaros. La violación de una ley proteccionista tiene en principio la misma gravedad, cualquiera sea el animal protegido; pero nada hay más inútil y condenable que matar o herir un pájaro, acto idéntico al de destruir o mutilar una obra de arte. En ambos casos, sin provecho ninguno, se destruye el color, la armonía, la belleza.

Cuando tal acción la comete un niño, puede pensarse en el atenuante de su corta edad, y cabrá entonces enseñarle, porque sobran razones y argumentos para asegurar su comprensión. Pero si la perpetra una persona mayor, se tornará incalificable, será acto de plena barbarie.

Al ordenar y leer mis apuntes, he revivido en su simpleza algunos episodios allí relatados. Recordé aquel niño indio que en su reserva del Chaco me miraba con triste profundidad. Heredero natural del suelo y de las libertades primitivas se sentiría quizá ahogado en un mundo que no comprendía. Esa mirada, se me ocurre, es la que deben tener los animales presos, la que advertiríamos si pudiéramos comprenderlos. En el caso del indio, su proceso de adaptación quizá lo vuelva libre; el animal enjaulado, en cambio, no gozará jamás la libertad.

Recordé el espectáculo de aquella manada de carpinchos, que vi retozar en las islas, y aquel halcón que no pude identificar. Quizá tras mío, o después, un "cazador" los mató por nada. O quizá, como ojalá siempre sucediera, alguien encontró felicidad en contemplarlos y los dejó para que también otros la encontraran.

En mis apuntes desde el camino que eligiera, y vuelto a este punto, he decidido seguir con él. Así soy feliz, y quizá pueda ayudar en algo a que todos los hombres comprendamos que "los animales nacen libres y en esa condición tienen que vivir y morir".

DR. ESTEBAN L. MARADONA
MEDICO CIRUJANO

Estimado colega Dr. Martín R. de la Peña
En mi larga ausencia, después de viajar a la Capital Federal invitado para ocupar la tribuna del "Instituto Popular de Conferencias" del diario "La Prensa"; de visitar Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Chaco, me encuentro de vuelta en ésta, y recién me informo de su correspondencia, lo que se justifica el porqué no le haya escrito antes, para agradecerle su atención.

He recibido su interesante trabajo sobre "Aves de la Provincia de Santa Fe" con representaciones ilustrativas que a mí particularmente me interesan en grado sumo, porque se da el caso, que yo también excursiono desde la infancia en las ciencias naturales, y en el área de la Ornitología, poseo tres volúmenes inéditos, con representaciones gráficas ejecutadas a mano.

Hace años que el Dr. Agustín Zapata Gollán, que visité a mi paso por Santa Fe, me envió un trabajo sobre Fauna y Flora de esa Provincia, con muchos datos históricos y relacionados con la fauna ornitológica de esa, y sobre su quehacer, ya mi hermano José Ignacio, me había informado de sus trabajos publicados en "El Litoral" de esa Capital.

He hojeado su noble trabajo; costoso, laborioso, ilustrativo, merecedor de nuestro aplauso y calurosa felicitación, adelantándome para ésto, a través de alguna página que he leído con fruición y que coincide con el capítulo correspondiente de lo que tengo escrito.

Como le digo, estimado colega, en este caso podemos serlo, yo hace muchos años tengo tres tomos nutridos del Avifauna del país y de los países aledaños: a muchas de las especies la relaciono con la historia, la geografía y la lingüística, y hasta corrijo los errores que se han hecho carne desde las altas esferas oficiales, hasta el vulgo, pasando por el magisterio, sin tener en cuenta la taxonomía de las especies. Verbi y gracia, y como ejemplo, lo de llamar avestruz al "ñandú", los que, aunque de la misma familia, son de distinta especie y de diferente habitat: El "ñandú" - *Rhea albescens americana*, - autóctona de América Meridional, en cambio el avestruz - *Struthio camelus*, autóctono del África, de cogote implume, de lengua cola y de pie de dos dedos, lo que no acusa el "ñandú", que posee el cuello emplumado, el rabo cuasi acade, y los pies con tres dedos.

Su laborioso trabajo es digno de admirar; cuando repose de mi largo viaje y cumpla con otras invitaciones de orden cultural en Asunción y en Formosa, lo he de cotejar con los míos y a caso colaborar si V lo hacepta. Al agradecerle el 2o. fascículo de su interesante libro, me es grato saludarle con mi mayor consideración.

E. L. M. x 12/10/76

Estanislao del Campo
10-Diciembre-76

Dr. ESTEBAN L. MARADONA
Médico cirujano

Estimado colega. Dr. Martín R. de la Peña

En mi larga ausencia, después de viajar a la Capital Federal invitado para ocupar la tribuna del “Instituto popular de Conferencias” el diario La Prensa, de visitar Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Chaco, me encuentro de vuelta en ésta y recién me informo de su correspondencia lo que se justifica el porqué no le haya escrito antes, para agradecerle su atención.

He recibido su interesante trabajo sobre “Aves de la Provincia de Santa Fe” con representaciones ilustrativas que a mí particularmente me interesan en grado sumo porque se da el caso, que yo también excursiono desde la infancia en las ciencias naturales y en el área de la Ornitología, poseo tres volúmenes inéditos, con representaciones gráficas ejecutadas a mano.

Hace años que el Dr. Agustín Zapata Gollán, que visité a mi paso por Santa Fe, me envió un trabajo sobre Fauna y Flora de esa Provincia, con muchos datos históricos y relacionados con la fauna ornitológica de esa, y sobre su quehacer, ya mi hermano José Ignacio me había informado de sus trabajos publicados en “El Litoral” de esa Capital. He ojeado su noble trabajo; costoso, laborioso, ilustrativo, merecedor de nuestro aplauso y calurosa felicitación, adelantándome para esto, a través de alguna página que he leído con fruición y que coincide con el capítulo correspondiente de lo que tengo escrito.

Como le digo, estimado colega, en este caso podemos serlo, yo hace muchos años tengo tres tomos nutridos del Avifauna del país y de los países aledaños; a muchas de las especies la relaciono con la historia, la geografía y la lingüística, y hasta corrijo los errores que se han hecho carne desde las altas esferas oficiales, hasta el vulgo, pasando por el magisterio, sin tener en cuenta de llamar avestruz al “ñandú” los que, aunque de la misma familia, son distintas especies y de diferentes hábitat: El “ñandú” –Rhea albescens americana- autóctona de América Meridional, en cambio el avestruz –“Struthio camelus”, autóctono del África, de coquete implume, de lengua cola y de pie de dos dedos, lo que no acusa el “ñandú”, que pese el cuello emplumado, el rabo cuasi acaude, y los pies con tres dedos.

Su laborioso trabajo es digno de admirar; cuando repose de mi largo viaje y cumpla con otras investigaciones de orden cultural en Asunción y en Formosa, lo he de cotejar con los míos y a caso colaborar si usted lo acepta.

Al agradecerle el segundo fascículo de su interesante libro, me es grato saludarle con mi mayor consideración.

E. L. Maradona

Estanislao del Campo
10-Diciembre-76

PRESENTACIÓN DE LINARES CARDOZO EN PARANÁ 21-07-78

Estimados amigos:

Sencillamente, confieso que pocas circunstancias tan gratas al sentimiento como esta de presentar en nombre del Centro Entrerriano de la Mujer al estimado ornitólogo Dr. Martín Rodolfo de la Peña, de relevante y meritoria labor científica.

Nacido en San Justo, Provincia de Santa Fe, el 19 de Octubre de 1941. Médico Veterinario. Profesor de la facultad de Agronomía y Veterinaria de Esperanza. Profesor de la Escuela de Agricultura, Ganadería y Ganja dependiente de la Universidad Nacional del Litoral; Jefe de Laboratorio de patología Aviar de Biona S.A en Esperanza; Jefe del Servicio Técnico de Dekalb Argentina en la Provincia de Santa Fe.

Le pido disculpas por no detallar sus frondosísimos antecedentes científicos, culturales. Destacaré sí, entre sus trabajos publicados “Xantomatosis en aves”, “Anatomía y Fisiología aviar”. Ha publicado también: sus dos magníficas obras: Aves de la Provincia de Santa Fe y Enciclopedia de las aves argentinas”. Como podemos apreciar, no obstante su juventud, resulta difícil sintetizar su trayectoria brillante en todos los aspectos; y para quienes le conocemos su dignidad y contracción científica, tan conscientemente abnegada, debemos destacar esta lección para nuestro tiempo y para la humanidad del devenir.

El hombre, en pocos años, ha sembrado el suelo con los desechos de su acción depredadora, por gracias del destino aparecen seres altruistas, estudiosos y desinteresados, como el Dr. De la Peña, que se constituye n en

verdaderos símbolos defensores de los tesoros de la naturaleza. Trabajador sin desmayos, con toda su alma y voluntad encara una indagación excepcional. Lo conozco, es fuerte, generosa y sano. A no dudar su prolífera investigación nos deparará grátisimas y valiosas sorpresas.

En mérito a su encomiable labor, hace apenas unos meses ha sido distinguido en un significativo acto en la Sociedad Argentina de ornitología.

Distinguido amigo De la Peña:

Con beneplácito lo recibe la cátedra del Ateneo del Diario. Hubiera preferido a estas palabras, una justicia que compense la altura de sus méritos, convocar por ejemplo en compensación y aplausos a tu dignísima obra la algazara de trinos más puros de nuestros típicos y alados zahareños de Montiel, tonificadores del alma entrerriana, para expresarle nuestro reconocimiento, formulamos votos porque no desmaye hermano de la avifauna Argentina, porque tonificas nuestro ánimo y nos sentimos dichosos por haber crecido abrigados en paz, respetando a la naturaleza incubando desde el nido maternal el calor del hogar plena de amor que nos dará alas para el permanente vuelo de la esperanza.

Para que se multipliquen espíritu como el tuyo, capaz de soportar horas y hasta días controlando con escrupulosa y sacrificada documentación, las brevísimas instancias del nacimiento de un polluelo de gallito del agua.

Tu que puedes medir una alborada de trinos en el pajonal; que te sientes tocado ante la mirada dulce y tierna de un viracho, que sabes del resonante clamor del monte costero cuando suave comienza a adormecerse, cuando el bajío se torna obscuro y el sol aparece desde lo hondo del barranco y sus alas sacuden la brisa y su sombra para como azotando los ojos.

Bienvenido distinguido amigo y gracias mil por tu dignísima obra, en nombre de la mujer entrerriana, paloma mensajera de libertad y patria. Y quiera Dios que tu esfuerzo prolifere para que nuestro mundo no sea sin amor y sin pájaros; para que nuestras generaciones vivan la dicha tocada por nuestro paisaje y no tengan que añorar el canto de nuestrasavecillas; y que- como Hudson- no tengan que expresar desde la añoranza sino desde la extinción: **TODA ESA BELLEZA HA DESAPARECIDO PARA NO VOLVER-**

Gracias. Muchas gracias.